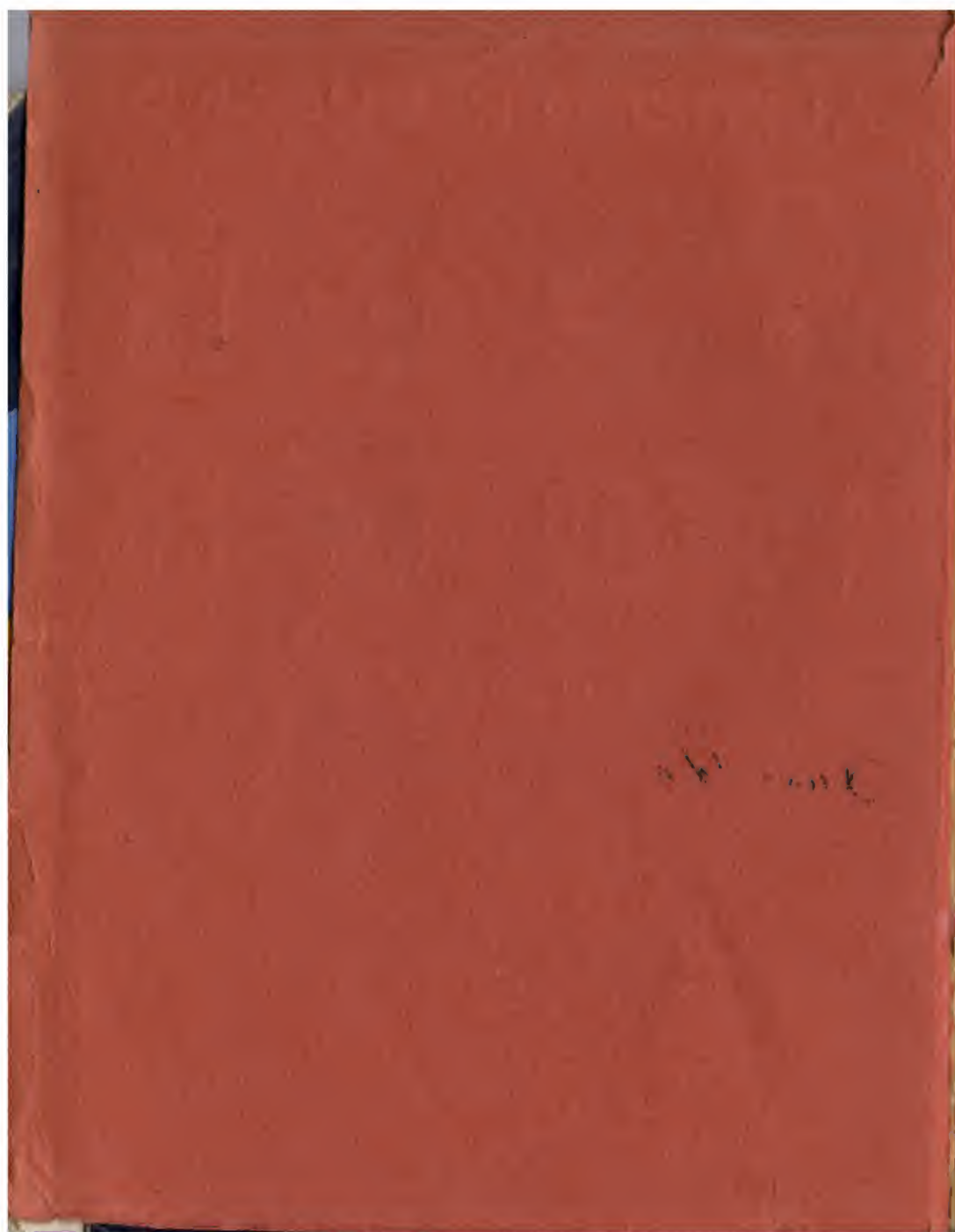


ALFREDO R. BUFANO

OPEN
DOOR

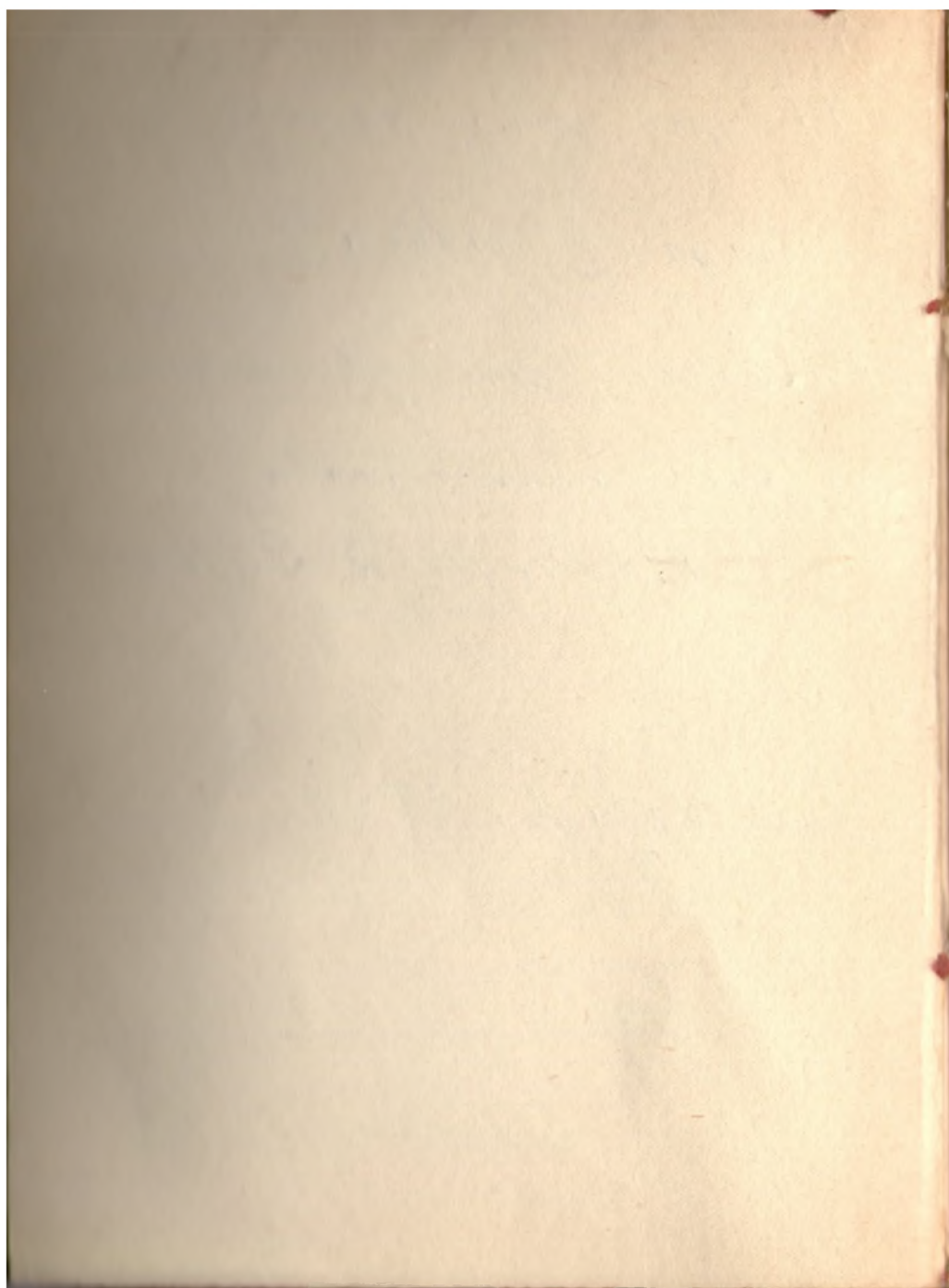
CUENTOS



A mi muy estimado
amigo y colega Lúcido
Fajardo, con el cariño
de su camarada

Alfredo R. Bufano

San Rafael, Neco.





OPEN DOOR

Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito que marca la ley.

A L F R E D O R. B U F A N O



O P E N
D O O R

CENTRO ARGENTINO
BIBLIOTECA PUBLICA
"MARIANO MORENO"
SAN RAFAEL - Mza.

ESTANTE 11

TABLA 3

NUMERO 36024.

ESTE LIBRO NO SE PUEDE VENDER.

SAN RAFAEL

MCMXXX

LIBROS DE ALFREDO R. BUFANO

POESIA

1917	El Viajero Indeciso.	Agotado
1919	Canciones de mi casa - Premi- ado por la Municipalidad de B Aires.	»
1920	Misa de Requiem - Segunda edición	»
1921	Antología	»
1922	Poemas de provincia	»
1923	El Huerto de los Olivos	»
1925	Poemas de Cuyo	»
1927	Tierra de Huarpes	En venta
1928	Poemas de la nieve	»
1929	El reino alucinante	»
1930	Valle de la Soledad - Primer premio del concurso literario municipal de las Provincias de Cuyo	»

PROSA

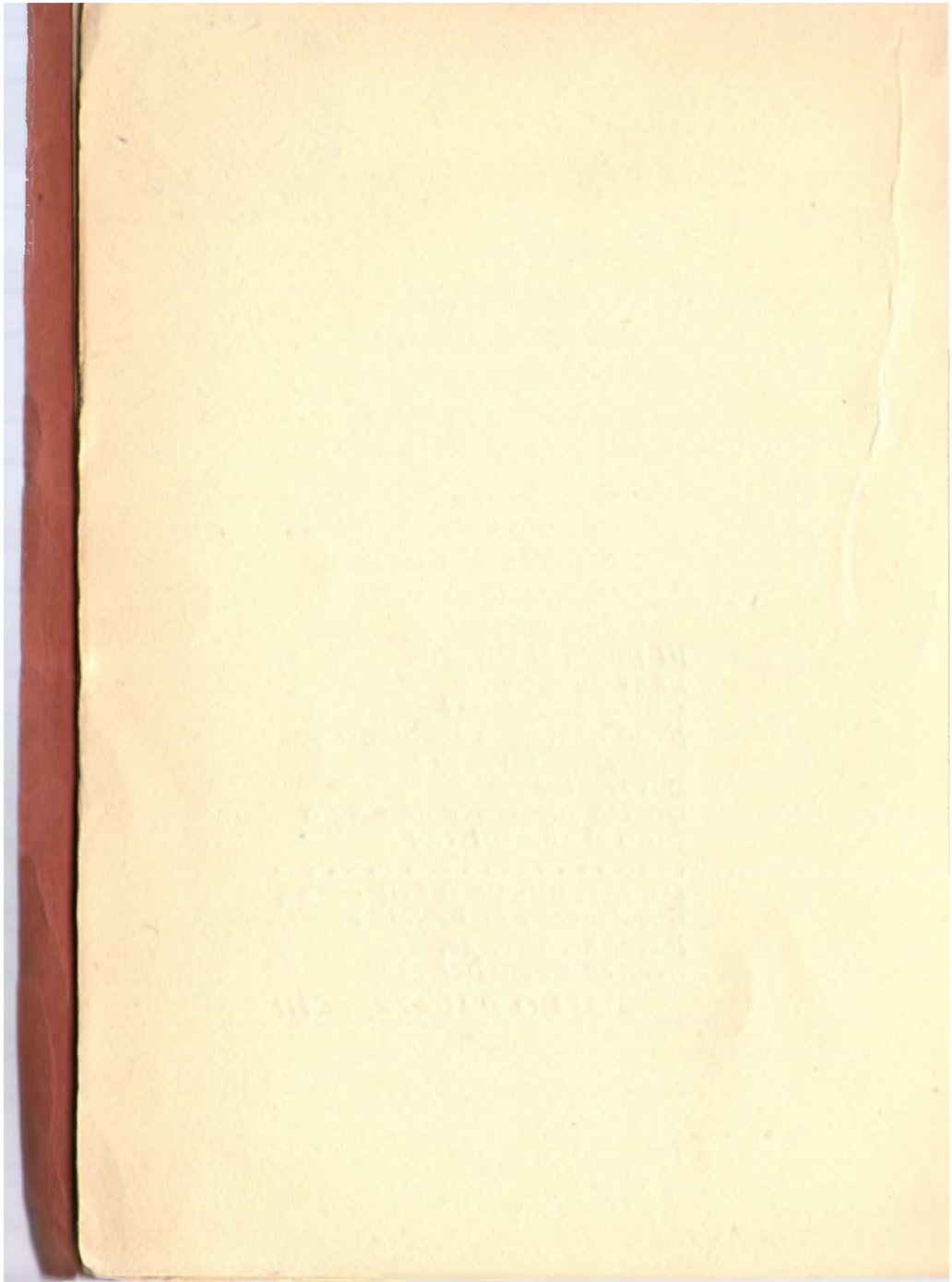
1926	Aconcagua - Crónicas de viajes por la Cordillera de los Andes	En venta
1930	Open - Door - Cuentos	»



*Il poeta si diverte,
pazzamente,
smisuratamente!
Non lo state a insolentire,
lasciatelo divertire
poveretto,
queste piccole corbellerie
sono il suo diletto!*

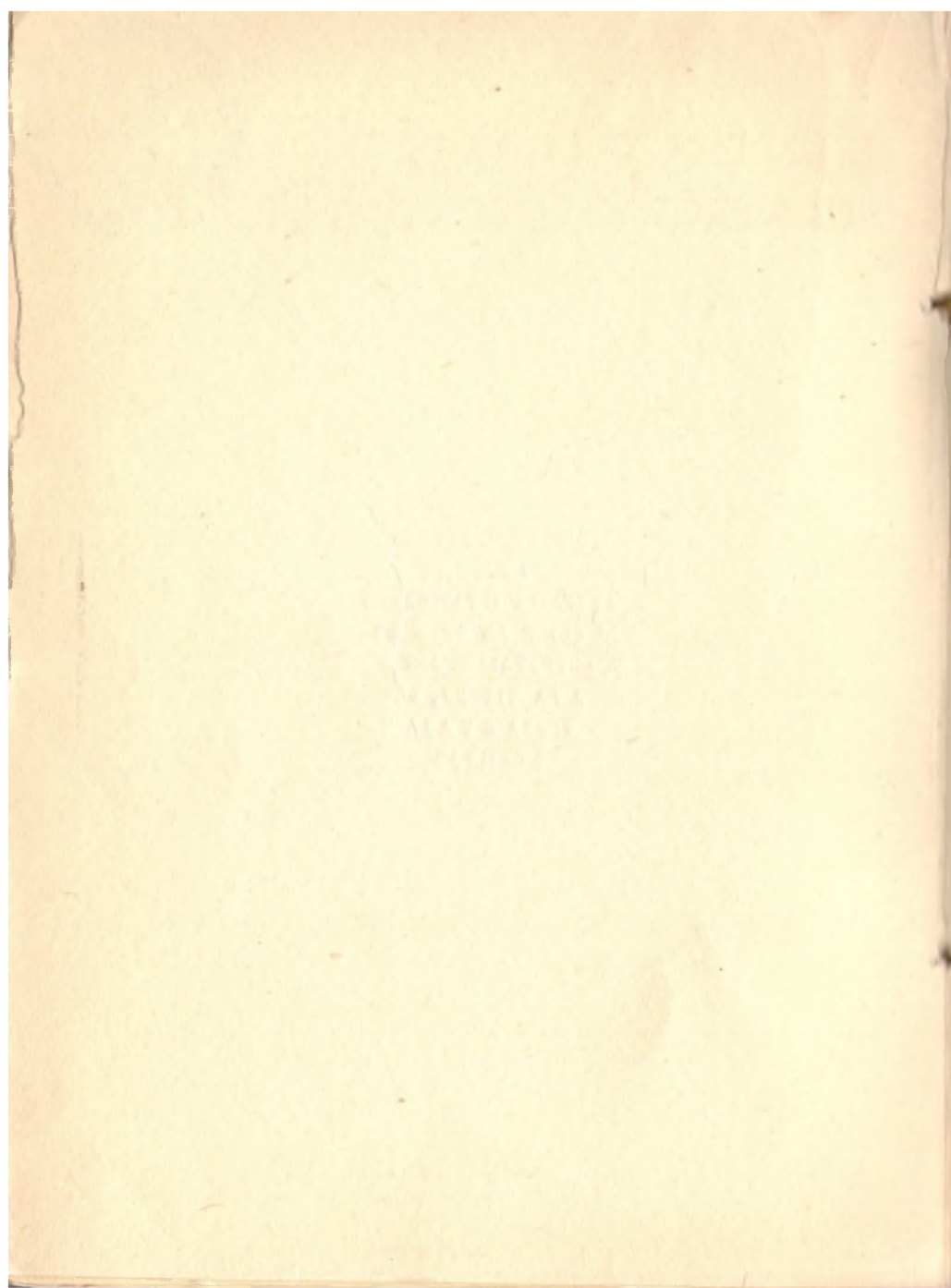
.....
*«Cosa sono queste indecenze,
queste cose bisbetiche?
Licenze, licenze,
licenze poetiche!*

ALDO PALAZZESCHI

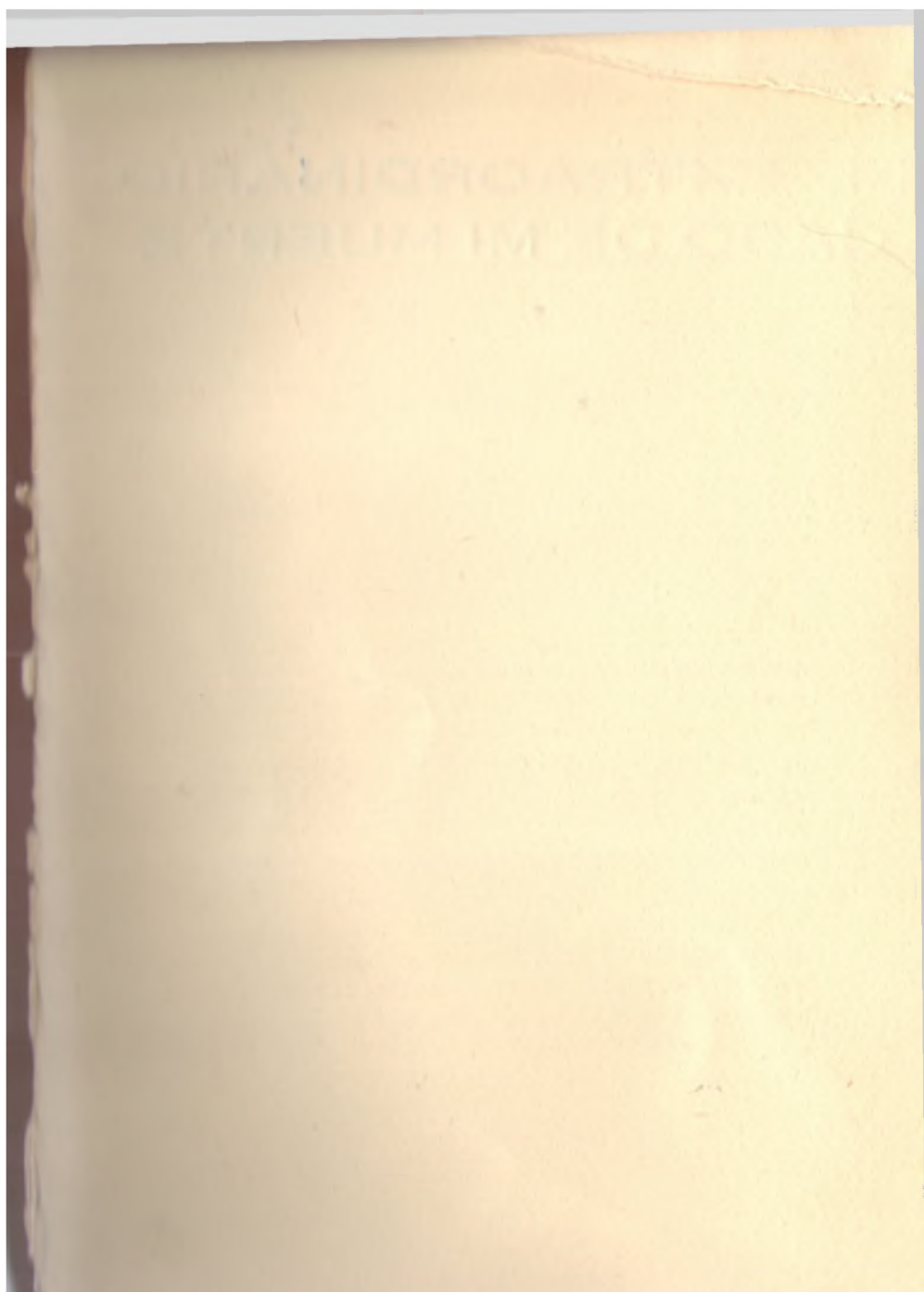




A
LEONARDO BUFANO
MI PADRE
ARTESANO INFATIGABLE
A QUIEN LE DEBO MI
ENTRAÑABLE AMOR
A LA TIERRA, AL
TRABAJO Y A LA
HUMILDAD



**EL EXTRAORDINARIO
CASO DE MI MUERTE**





Ayer tuve la satisfacción de asistir a mi entierro. No; faltó a la verdad, porque no me dejaron hacer lo que yo quería, alegando que era indiscreto que presenciara yo mismo el fúnebre acto. Pero — y esto sí que es verdad — me vi blanco y rígido en una estrecha caja de álamo, antes de que me pusieran en el incómodo agujero donde ahora estoy, seguramente, sirviendo de entretenimiento a los minúsculos amigos de nuestra carne deleznable.

Sí; pero ahora escribo. Vale decir: pienso, luego existo, según el conocido axioma. Así es. Sin embargo, ayer al atardecer, dieron tierra a mi cuerpo, lo que yo mismo atestiguo bajo palabra de honor. Y esto no deja lugar a la más remota duda.

A L F R E D O R. B U F A N O

II

Días pasados me sentí enfermo. Reacio como soy a todo tratamiento facultativo, dejé pasar el tiempo sin hacerme examinar. Pero, contra mi opinión y mi deseo, mi desconocida enfermedad avanzaba; tanto, que a pesar de todas mis viejas teorías naturalistas, decidí ver a un médico.

Como me encontraba seriamente débil, me tomé a mí mismo del brazo y me transporté al consultorio de un galeno amigo.

Antes de proseguir debo hacer la honesta salvedad de advertir que yo y el enfermo, siendo un sólo individuo, éramos, sin embargo, lógica y fisiológicamente, dos personas iguales, así, como suena: dos personas; pero yo, en carne y hueso, único y exclusivo, en todo trance y momento.

Llegué, o llegamos, a la casa del médico; y ya en su presencia, le dije:

«Aquí le traigo a este enfermo para que lo vea. Soy yo, doctor; por lo tanto, le rogaría se tomara mucho interés por él.»

Y le presenté a mi acompañante. Ese terrible y triste acompañante que era yo mismo. Mi

O P E N D O O



actitud y mis palabras, lejos de asombrar a mi amigo, le parecieron, a juzgar por su indiferencia, perfectamente vulgares.

Después de examinarme, o de examinar al enfermo, poniéndose un poco pálido, me dijo:

«Usted está mal, amigo mío. Debe internarse en un sanatorio cuanto antes.»

«Pero, ¿qué tengo, doctor?»

«No lo sé, mi amigo; no lo sé. Es una enfermedad extraordinaria. Ningún médico le dirá a usted lo que tiene, porque no puede saberlo, como no lo sé yo. Por eso le aconsejo un hospital...»

El enfermo que era yo, me miró en una forma desconcertante. Sus ojos se iluminaron de un imposible fulgor. Y salimos; mudos, hieráticos, tomados del brazo para no caernos.

III

De allí mismo nos dirigimos a un hospital. No había tiempo que perder.

Pedí hablar con el director, quién me atendió en seguida. Al vernos, palideció intensamente. ¡Yo no sé qué tendrían nuestras caras!

«¿Qué desea usted, señor?»

A L F R E D O R . B U F A N O

¿Por qué me dijo usted, y no ustedes, si éramos dos? ¡Aunque, si bien es cierto, éramos uno!

«Estoy enfermo, doctor — le contesté yo, — y deseo que usted me examine».

«Bueno, bueno».

«Para esto le traigo mi acompañante, que soy yo, en persona».

El director, entonces, miró al enfermo. Me miró a mí, naturalmente. Y después de un larguísimo y silencioso examen, me dijo:

«No sé lo que usted tiene, señor. No lograría nunca hacer un diagnóstico de su enfermedad. ¡Qué esperanza! Pero, de todos modos, le aconsejo que se quede aquí. Le voy a hacer preparar una cama...»

Yo, y el otro, que era yo también, nos miramos; y los ojos se nos llenaron de lágrimas.

IV

El director hizo sonar un timbre y al rato apareció un enfermero, un enfermero enigmático, que caminaba y miraba de una manera inolvidable.

«Hay que internar a este enfermo. Apronte una cama». Dijo el director.

O P E N D O O



«Y, ¿cual es el enfermo?» Preguntó el enfermero con una voz que parecía lejana.

«¡Cuál va a ser! Este, el único; porque no hay otro». Replicó el médico, algo nervioso, señalándome.

El enfermero puso una cara extraordinariamente incomprensible. De asombro, de espanto, ¡qué sé yo!.. Pero, un instante después, sonrió de una manera beatífica, y me dijo, con afectada amabilidad:

«¿Quiere acompañarme?»

Yo saludé al director y seguí, y seguimos, al enfermero a través de los corredores helados, hasta llegar a una salita de una cama sola. La habitación tenía una ventana desde la que se veía un pino hirsuto y negro, recortado en el azul luminoso del cielo.

El enfermero me dijo:

«Esta es su cama, señor. Puede usted acostarse». Y se retiró en el acto, dejándonos solos.

Yo y mi doloroso compañero nos volvimos a mirar con inefable cariño en los ojos. Y después, cuando pude hablar, me dije:

«¿Has visto? ¡Es necesario que te quedes! ¡No te entristezcas así, porque me haces daño...! ¡A ver... desnúdate!»

Y empecé, con manos trémulas y piadosas, a desnudar aquel cuerpo que era el mío. Luego lo acosté y lo arrebujé lo mejor que pude. ¡Con cuánta ternura hice todo aquello! Con cuánto inusitado amor apreté las ropas contra su pecho y su garganta! Y mientras arreglaba su pelo con mis dedos nerviosos y finos, le iba diciendo:

«¡No estés triste, querido; yo vendré a verte todos los días y me quedaré contigo acompañándote!

¡Haz lo que te diga el médico y curarás! ¡Y así podremos ser lo que hemos sido hasta ahora!»

El me miraba con sus enormes ojos de asombro. Y permanecía en silencio, rígido y pálido bajo las sábanas.

Me incliné para besarlo, esto es, para besar-me; y cuando mi boca se posó en su frente, ambos nos estremecimos. Y mirándolo una vez más, salí de la sala aquella donde me quedaba yo, metido en una cama, solo y enfermo de un extraño mal.

Y desde ese momento yo me sentí incorpóreo. Mi cuerpo estaba allí, en el hospital, en

O P E N D O O R

la salita con su ventana que servía de marco al pino. Yo era una sombra. Nada más que una sombra.

V

¿Qué hice yo aquella noche? No sabría decirlo; no podría decirlo de ninguna manera. Sólo sé que al día siguiente volví al hospital a preguntar por mi salud; a preguntar por el enfermo que se había quedado allí, solito.

«¿Cómo estaré? — me preguntaba a mi mismo. — ¿Habré dormido bien? El pino del jardín, ¿me habrá desvelado con su música?»

Llegué, y pedí hablar con el director. Ni bien lo ví, tuve el presentimiento de todo lo que había ocurrido. El director estaba transfigurado. Me miraba sin pestañear.

«¿Cómo estoy doctor?»

El, después de un hondo y molesto silencio, y sin mover ni un solo músculo de su cara, ni la boca siquiera, me dijo:

«¡Usted ha muerto anoche!»

«¿Qué dice, doctor?»

«¡Usted ha muerto anoche! Su cadáver está en el anfiteatro. ¿Quiere verlo?»

A L F R E D O R. B U F A N O

Yo asentí con un gesto, porque me faltó la voz; y él hizo sonar la campanilla y apareció de nuevo el obsesionante enfermero.

«Este señor quiere verse muerto. Acompáñelo al anfiteatro y muéstrole su cadáver».

Y en silencio seguí al enfermero hasta el frío recinto.

Al llegar a él, vi apoyado en la balaustrada de la escalinata a un amigo mío luciendo una gran corbata roja.

«¿Qué haces aquí?» Le pregunté.

El me miró con pasmosa serenidad, y me dijo con tono de fría indiferencia:

«Hombre, aquí estoy. Vengo a tu entierro. Como supe por los diarios tu muerte...»

«¡Sí, sí! ¡Yo también vengo a verme por última vez!»

Y seguí andando tras el enfermero.

V I

Cuando entramos, vi una serie de ataúdes blancos, simples, casi grotescos, alineados en el suelo.

El enfermero, acercándose a ellos, empezó a contar desde el que iniciaba la fila:

O P E N D O O F

«Uno, dos, tres . . . tres . . . ¡Aquí está usted! ¿Quiere que lo destape para verse?» Y esperó mi respuesta.

Yo me acerqué al ataúd en que estaba mi cuerpo, y lo miré.

En uno de los ángulos superiores la tapa estaba un poco rota. Y por la pequeña abertura alcancé a ver un pedazo de mi cara. Parte del pelo negro, algo de la frente pálida, y un ojo, abierto, mirando indefinidamente.

Yo me quedé allí como en éxtasis. La voz del enfermero volvió a preguntar con sequedad:

«¿Lo destapo?»

«¡No, señor; todavía no . . .! Voy a dar una vueltita primero. Estoy aquí en seguida . . .»

Salí al jardín, y en la balaustrada estaba aún mi amigo con su enorme corbata roja; en la misma actitud de indiferencia que tenía cuando lo vi por primera vez.

Pasé sin hablarle. Y al dar unos cuantos pasos, me encontré con un estrecho camino por el que debía pasar a toda fuerza. Una enorme multitud de hombres, mujeres y niños se había apostado allí para verme pasar.

Al comienzo yo no perdí mi habitual se-

A L F R E D O R . B U F A N O

renidad, pero, a medida que avanzaba entre las gentes, se apoderó de mí una especie de pánico, porque empecé a oír que todo el mundo decía:

«¡Ese está muerto! ¡Ese está muerto! ¡Ese está muerto! ¡Santo! ¡Santo! ¡Ese es un muerto!»

Y se apiñaban, y se estrujaban para detenerme, para tocarme, mientras decían:

«¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Ese es un muerto!»

Yo eché a correr con el cabello erizado, por el estrecho camino que se hacía cada vez mas estrecho y frío, de una electrizante frialdad.

VII

Al fin me encontré solo, frente a la puerta del anfiteatro, donde aún estaba el silencioso amigo de la corbata roja, como esperando una cosa que no llegaría nunca.

Entré, y lo primero que vi fué al enfermero con mi cadáver en brazos, como si fuera una criatura. Mi cuerpo estaba totalmente desnudo, y con los mansos ojos abiertos que me miraban llenos de inefable ternura.

«¿Ve, amigo? ¡Este es usted! — me dijo el

O P E N D O O R

raro personaje, mientras acariciaba la cara de mi cadáver. — Ahora lo vamos a enterrar».

Esto diciendo, volvió a depositarme en el pobre ataúd de álamo.

Yo miraba todo sin decir palabra. El enfermero tapó la caja, y los golpes del martillo sobre los clavos resonaban en mi corazón de una manera dulcísima llenándome de una celeste alegría.

Cuando el hombre terminó su trabajo se sentó sobre uno de los ataúdes, como quien se dispone a esperar.

Como notara que yo estaba de más allí, salí en silencio. En la puerta del espeluznante depósito volví a encontrarme con el amigo que no había cambiado ni de postura, ni de lugar. Estaba inmóvil, como mirando una cosa lejana, mientras el viento hacía mover su vaporosa corbata de un rojo vivo.

VIII

Me detuve junto a él. Al verme me preguntó con desgano:

«¿Qué haces ahora?»

«Espero ... Me gustaría ver mi entierro.

A L F R E D O R . B U F A N O

Creo que no tardarán en llevarlo a cabo».

«¡Pero, hombre; no me parece nada correcto lo que piensas! Yo estoy aquí esperando a tus amigos y parientes . . . y, ¿que pensarían todos ellos viéndote a tí presenciando tu propio entierro?»

«¡Sin embargo . . . me gustaría tanto poder oír lo que dicen frente a mi cadáver! ¡Me gustaría tanto poder echar con mis propias manos el piadoso puñado de tierra sobre mi ataúd!»

Yo me hallaba profundamente enternecido, porque, a la verdad, para mí hubiera sido bello y bueno el poder despedirme para siempre de mí mismo; pero mi amigo replicó:

«En fin, haz lo que quieras. ¡A ti te entierren! Pero lo procedente es lo que yo te aconsejo!»

Yo sentía que en mí se producía una especie de desgarramiento terrible alejándome de aquel sitio donde dejaba mi cuerpo listo para ser sepultado. Reflexioné mucho tiempo; por fin, tendiéndole mi mano al amigo, le dije con gran desconsuelo en la voz:

¡«Bueno . . . me voy . . . ! ¡Sí . . . me voy . . . !»

O P E N D O O



IX

Y eché a andar. La tierra era una llanura sin límites; una llanura desolada, yerma, sin un camino, sin un rastro; nada, nada. Una llanura infinita bajo un cielo de un verde lívido, como el del amanecer. Sólo un pino a lo lejos, hirsuto y negro. Y yo, incorpóreo, espectral, como una sombra, marchando hacia lo Desconocido.

X

Los médicos que me asisten dicen con toda seriedad que yo estoy vivo. Sin embargo, yo sé que ayer me enterraron para siempre.

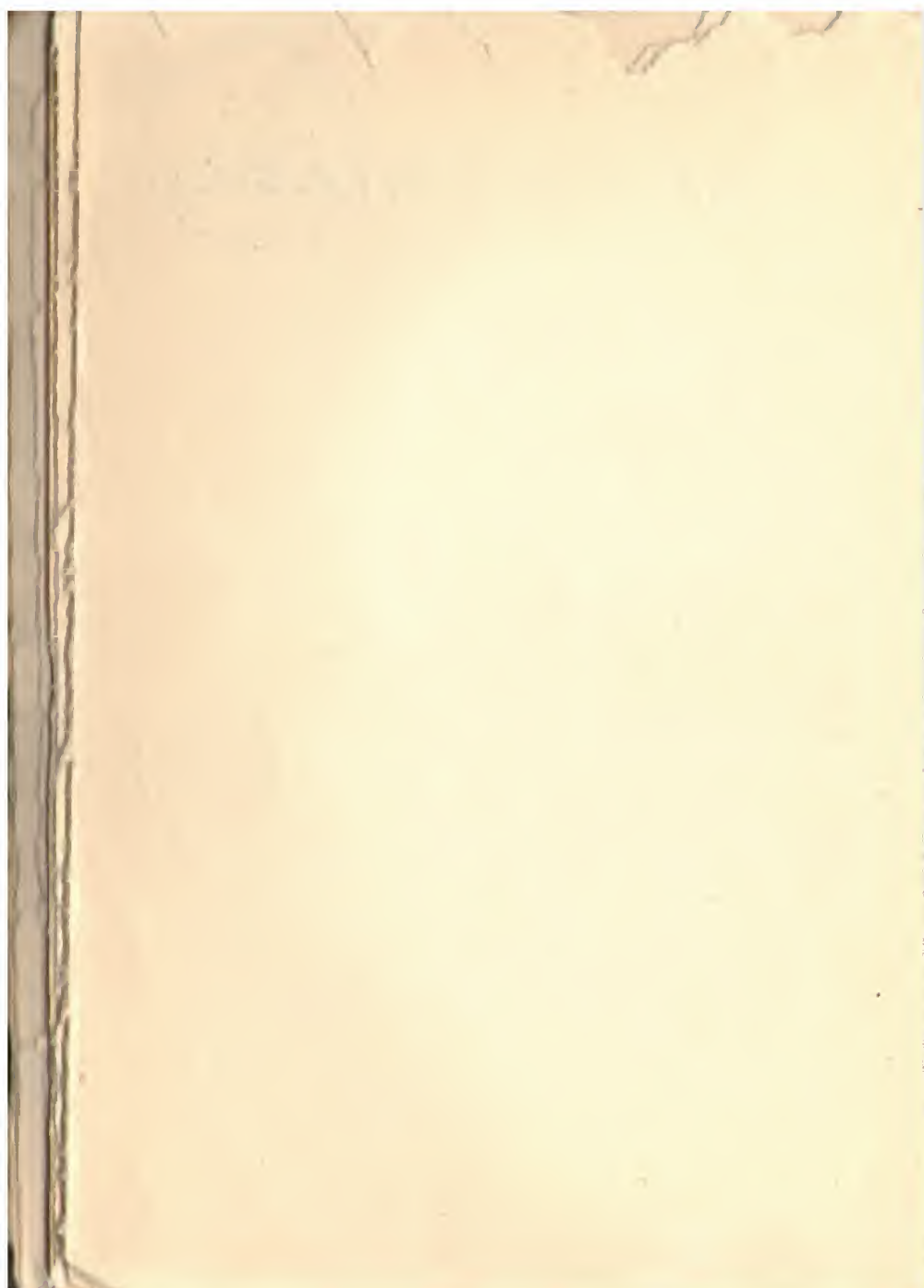
¡Indiscutiblemente, el caso de mi muerte es un extraño fenómeno!

XI

Señor Freud: haga usted otro libro.



EL ENDEMONIADO





I

José María de Valladar

Decididamente, el diablo metió la pata en la vida de mi amigo José María de Valladar. ¡O en la mía!

Mi amigo Toto, como nosotros, sus íntimos, le llamábamos, era un tipo extravagante. El tipo más extravagante que pudo crear la exaltada imaginación del visionario Edgar. ¡Hombre! Precisamente, yo solía decirle:

—Oye, Toto: ¿de cuál relato de Poe te escapaste?

El encendía un cigarrillo egipcio, echaba una larga bocanada de humo y, sonriendo con una

sonrisa entre dolorosa e irónica, me respondía:

—Asegúrote que aquel ilustre borracho no hubiera sabido qué hacer conmigo.

Mi amigo Toto era un hombre hermoso. Su belleza, a pesar de un inequívoco sello de austera masculinidad, tenía algo de mujer. No, de mujer no. Algo de femenino. Si, eso es: algo de femenino.

Claro está que no podría localizar ese «algo». Estaba en todo él. En sus gestos, en su mirada, en su voz, no obstante ser esta metálicamente hombruna.

Mi amigo Toto era alto, delgado, pero muy erecto. Tenía un rostro de una palidez intensa, cerúlea casi. El cabello y los ojos, de un negro profundo. ¡Ah, los ojos de mi amigo Toto! En ellos estaba, posiblemente, la clave de su desventura. Eran unos ojos raros, como de japoneses. Raros en una cara netamente latina, como la de José María de Valladar. Boca fina, mordaz. Sonreía pocas veces. No reía nunca.

Una distinción serena y sugestiva se desprendía de todo él, y un aire de misterio lo circundaba siempre.

Nos conocimos una noche en una taberna del bajo fondo porteño.

O P E N D O O



Marineros de lejanos países dormitaban frente a sus vasos de cerveza, mientras fumaban en sus viejas pipas, llenando de humo denso el ambiente vicioso.

Yo estaba en una mesa, solo; y José María de Valladar en otra, a pocos pasos de la mía. Ambos nos observábamos con disimulada curiosidad, puesto que ambos éramos tipos exóticos en aquel tugurio de borrachos taciturnos y mujeres desencajadas.

Era tarde, y afuera llovía de una manera tremenda. En una de esas, José María se levantó y dirigióse a mi mesa.

—Buenas noches, señor. Si Ud. lo permite, lo honraré con mi compañía. Veo que está usted soberanamente aburrido.

A mi como es de suponer, me molestó un poco la pedantería del tipo, pero, por no ser descortés, le respondí:

—Con mucho gusto. Siéntese. José María se sentó frente a mí, fumando en una forma única. Al rato se dignó mirarme, y después de escrutar largamente en mis ojos con sus ojillos de Buda, murmuró:

—Usted, amigo, tiene cara de hombre inteligente.

A L F R E D O R. B U F A N O

—Así es, en realidad.

—¿Sabe usted con quién habla?

—No tengo el gusto...

—Yo soy José María de Valladar, el más grande de los poetas que andan por estas tierras de Dios.

—No puede ser, señor — le repliqué en el acto, con un poco de energía en la voz.

El, visiblemente extrañado por mi respuesta, inquirió, casi sonriendo:

—¿Por qué, señor, no puede ser?

—Porque el más grande de los poetas soy yo. ¡Ud. acaso tenga talento!...

José María me estrechó la mano.

—¿Cuál es su nombre?

—Halys Sthevens. ¡Toda la lira!

—He leído sus libros. No me ha gustado ninguno.

—Eso confirma mi genio.

José María se hizo el que no había oído. Fumaba. Después me dijo:

—Señor Halys Sthevens, usted puede ser un gran amigo mío y yo de usted.

—Haremos lo posible.

—Yo estoy en Buenos Aires; no tengo pa-

O P E N D O O R

rlentes ni relaciones, nada. Estudio medicina. Hago versos, leo mucha filosofía y me agradan las matemáticas En fin, me aburro como un troglodita

¡Usted señor Sthevens, debe ser mi amigo!

En efecto, un grave sentimiento afectivo iba naciendo en nosotros Aquella lívida madrugada de agosto nos vió caminar del brazo como dos espectros.

Cuando nos separamos, una cosa seguía extrañándome en mi imprevisto amigo: su leve acento extranjero; su pronunciación tan conocida para mí, puesto que me recordaba la de un ser amadísimo: Alma Vanda. Pero, él me había dicho cien veces que no era europeo. Centroamericano, decía él que era. Su tipo coincidía perfectamente. ¡Además, se llamaba José María de Valladar!

II

**Yo, Halys Sthevens,
y mi amiga Alma Vanda**

Por lo que llevo dicho de mí os habréis dado cuenta de que no soy un estúpido. Supongo

A L F R E D O R. B U F A N O

Si mi amigo Toto era un pajarraco singular, yo, Halys Sthevens, no tenía nada que envidiarle. No en vano nos encontramos y nos hicimos amigos íntimos. Así: ¡íntimos!

Yo vivía entonces con una mujer que era una maravilla. La conocí en Polonia hace unos diez años, cuando yo tenía veintidos y me había dado por viajar; una de las tantas maneras de gastarse el dinero que le dejan a uno los que se mueren. ¡Sí!

Mi dulcísima amiga se llamaba Alma Vanda. ¿A que no habéis oído nunca un nombre más deliciosamente eufónico? ¡Alma Vanda! ¡Es un nombre diáfano, transparente!

La conocí en Polonia. Me enamoré de ella y ella se enamoró perdidamente de mí. No podía suceder otra cosa. Ella tenía que enamorarse fatalmente de mí. Y yo de ella.

Quise casarme con la niña, pero los padres, creyéndome un aventurero vulgar, no consintieron. Entonces me escapé con ella. Nos fuimos a Budapest, después a Londres, luego al Cairo, y, por último, cuando a mi no me quedaban más que algunas libras, nos dirigimos a Buenos Aires. Buenos Aires tiene de todo un poco. ¡Se está bien!

O P E N D O O R

Cuando conocí a José María, yo vivía aún con Alma Vanda en un chalecito, en San Isidro.

Algunas correspondencias de diarios extranjeros me daban para pasar una vida más o menos holgada. En los ratos perdidos hacía versos. Ahora he dejado de hacerlos, porque he llegado a la conclusión de que el hombre que hace versos está perfectamente de más en este mundo, que es un intrincado laberinto algebraico.

Vivíamos con Alma Vanda una vida relativamente interesante. Tocábamos el armónium, leíamos, paseábamos a la luz de la luna, por el jardín o en las orillas del río. ¡Bah, pampelinas! Pero Alma Vanda me quería mucho. Yo también a ella. Y ¿cómo no quererla? ¡Si era tan linda! No quiero caer en la cursilería de pintároslo. Alma Vanda era una maravilla. Nada más.

* * *

Aquella madrugada de agosto, cuando, pálido y desfigurado por la noche transcurrida en compañía de Toto, llegué a casa, Alma Vanda estaba nerviosísima.

—¿Qué te ha pasado, Halys? — me preguntó abrazándome.

—¡Nada, pequeña, nada! — dije con voz tranquila. — He conocido a un tipo que vale la pena. Me he pasado la noche conversando con él. Mañana vendrá a visitarnos.

Después le pinté, con lujo de detalles, como vulgarmente se dice, el extraño personaje. Alma Vanda me escuchaba con marcado interés. Después nos fuimos a dormir. Y dormimos plácidamente.

* * *

Nuestra casa, en aquel entonces, era visitada por algunos viejos y buenos amigos. Músicos, pintores, poetas. ¡Malas personas!

Aquella noche fueron algunos de ellos, y los invité para el día siguiente a fin de presentarles a mi nuevo amigo.

A pesar de la noche espantosamente mala, mis amigos llegaron. Nos sentamos en mi biblioteca. Afuera el viento aullaba entre los árboles. Una lluvia pertinaz tamborileaba en los cristales. Y Alma Vanda estaba pálida.

José María de Valladar se hizo desear un

O P E N D O O R

rato. Por fin sonó la aldaba. Yo, en persona, salí a recibirlo.

Venía enfundado en un largo impermeable negro con capucha. La palidez de su rostro, con el contraste, aparecía levemente trágica.

—Buenas noches, amigo, ha demorado usted un poco — le dije, estrechando la mano húmeda que me tendía.

—Sí, en efecto — me respondió entrando. — Pero es de hombres inferiores la puntualidad en las citas. Yo, amigo Stevens siempre llego tarde.

—¡Caramba! Parecería que fuéramos viejos amigos y que yo le hubiera contagiado todas mis costumbres.

El me miró y sonrió casi imperceptiblemente. Se sacó su capote, sus zapatos de goma; se arregló un poco la ropa y yo le invité a pasar.

Estaba rigurosamente de negro.

En la corbata, una gran turquesa.

Cuando entramos, todos mis amigos se pusieron de pie. Sólo Alma Vanda permaneció sentada. Hice las presentaciones.

Cuando Valladar tendió la mano a Alma

Vanda, yo, si en aquel entonces hubiera sido más sagaz, habría notado que ambos palidecieron. Después de conversar un buen rato, nos pusimos a jugar al póker. Valladar perdía que era un gusto. ¡No cualquiera sabe ganar al póker!

—¡Sin embargo — decía él, murmurándome como distraído, — soy un gran jugador!

—No lo dudo amigo. ¡Se vé, se vé! Si la misma suerte tiene en sus amoríos...

Valladar sacó un cigarrillo, y fumó. Ahora reconozco que aquel ser era en verdad un hombre admirable.

—¿Qué te ha parecido, pequeña? — pregunté a Alma Vanda cuando quedamos solos aquella noche.

—Es interesante — murmuró ella, mientras desataba sus cabellos.

—¿Has reparado en la pronunciación? ¡Qué parecida a la tuya! Pero él es venezolano.

Ella siguió peinando su larga cabellera, como si nada hubiera oído.

¡Oh, Alma Vanda; criatura divina, dormida

O P E N D O O R

ahora en el seno luminoso de la muerte, cuán pequeño era yo frente a tu heroísmo silencioso y sin límites!

III

La araña teje su tela

¿Quién puede substraerse a los ocultos designios del destino? La fatalidad, araña diminuta y gigantesca, está siempre en su telar, teje que teje la red. El viento podrá deshacerla un día, también la lluvia. La mano del hombre, algunas veces. Pero la araña, silenciosa y constante, volverá a su trabajo y tenderá su nueva red lo mismo a la brillante luciérnaga, anuncio de primavera, que al necróforo, que necesita de la muerte para surgir a la vida.

* * *

José María de Valladar se hizo asiduo concurrente a las reuniones de casa. Todos mis otros amigos simpatizaron con él. Yo le tomé cariño. No podía pasar dos días sin verle. Una noche, jugando al póker, me dió por llamarle

Toto. El sonrió. Sonrió de veras. Los ojos se le iluminaron.

—Hombre — me dijo — ¿sabes que me gustaría que siguieras llamándome así?

Desde ese instante no se le llamó de otra forma. Solamente Alma Vanda continuó llamándole Valladar. Pero yo, y todos los demás amigos, le llamábamos Toto. Y él se ponía contento.

Pasó el tiempo, y José María era para todos nosotros tanto o más que un hermano.

Sin embargo, ¡cosa extraña entonces para mí!, Alma Vanda había cambiado de carácter. De alegre y juguetona que era, se hizo seria, pensativa, reconcentrada. En las casi habituales partidas de póker, ella era la única que jugaba en silencio. Mis amigos notaron el cambio y me preguntaron cierta vez:

—¿Qué le pasa a Alma Vanda?

Yo no supe qué contestar. ¡Qué sabía yo lo que le pasaba a Alma Vanda!

Pero una noche en que la ví más preocupada que nunca, sentándola en mis rodillas, empecé a indagar:

—¿Qué tienes, pequeña?

O P E N D O O R

—Nada, Halys.

—¡No, no puede ser! Tú tienes algo. Dime, ¿qué tienes?

—Algunas preocupaciones . . . pensamientos . . . ¡papá y mamá tan lejos, sin noticias! Y rompió a llorar. Yo la cubrí de besos.

¡A ver, a ver, si alguno de vosotros hubiera sido capaz de dudar un solo segundo! Era natural, pero perfectamente natural lo que me decía. ¡El padre, la madre, lejos, sin noticias! Villano el que no creyera. ¿Podía estar yo metido en su corazón como una salamandra? Si me engañé o, mejor dicho, si me engañó, la culpa no fué mía. ¡Yo, Halys Sthevens, soy un hombre profundamente ingenuo!

* * *

Os doy mi palabra de honor de que Alma Vanda, a pesar de su cambio de carácter, había embellecido notoriamente. No, aquello no era un ser de este mundo. Su belleza era algo celeste. Parecía una virgen. Esto, que a simple lectura parece un lugar común, no lo es. No hay más perfecta imagen que la de una virgen para dar idea de lo que era la belleza de Alma

A L F R E D O R. B U F A N O

Vanda, en aquel tiempo. Pero, lo más notable del caso, es que embellecía cada vez más.

Cuando salía con ella, sólo oía exclamaciones. ¡Qué linda! ¡Qué hermosa! Y así, hasta el cansancio. Yo no podía más de orgullo. ¡Qué imbécil es el hombre!

Uno de mis amigos, pintor, le hizo un retrato. ¡Ah, me gustaría que lo vieséis! Está ella vestida de blanco con un gran ramo de lirios morados en los brazos. El cabello rubio, suelto. Carriére lo hubiera firmado. Ahora es lo único que me queda de ella. Me paso las horas y las horas contemplándolo. A veces tengo la sensación de que va a dejar la tela, de que va a hacerse corpórea para venir a besarme y cubrirme de lirios morados. ¡Cuánto la quise, Dios mío! Ahora está allí, bajo la tierra negra y húmeda; acaso sea tan sólo un esqueleto rígido, tieso, sin el menor asomo de lo que fué. ¡Ella que era la más hermosa de las mujeres! Más aún: la Primavera hecha carne, perfumando mi vida. Ahora está muerta. ¡Mejor! Sí, pero a todo esto, me aparto de mi relato.

¡Oh, la imaginación!

O P E N D O O



Un año hacía que Toto frecuentaba mi casa. Siempre el mismo extravagante. Siempre el mismo bicho de museo. De buenas a primeras se quedaba mudo como una ostra. Fumaba y miraba al techo. De improviso se levantaba, nos decía «adiós», o, «hasta mañana», y se iba. A veces me daban ganas de pegarle.

Una mañana recibí estas líneas:

«Halys:

Desde ayer estoy detenido por creérseme culpable o comprometido en la muerte de Margot. ¿No te has enterado? Sí, la encontraron muerta ayer en mi cuarto. Esta gente cree que yo tengo algo que ver y me han detenido. Ven a verme. Estoy en el Departamento Central. Recuerdos a todos.

Tu amigo de siempre.

Toto».

Yo casi me desmayo. También los hombres se desmayan. ¡Toto preso por homicidio! No quise decir nada a Alma Vanda. Ni bien almorcé, salí corriendo a tomar el tren.

José María amaba a Margot, Margot era una

A L F R E D O R. B U F A N O

criatura bastante deliciosa. Se veían a menudo en el cuarto de mi amigo, donde la chica solía quedarse algunos días, con sus noches respectivas. Y ahora, Margot encontrada muerta y José María, don José María de Villadar, preso como presunto asesino. ¡Qué iba a ser así! ¡No faltaba más! Si Toto era incapaz de matar una hormiga y menos una mosca, porque es mucho mas difícil! Pero Toto estaba preso, y allá corrí yo.

De más está decir que me costó un poco de trabajo verle. Estaba incomunicado, ¡cualquiera lo ve! Pero yo, hombre vastamente relacionado, recurrí al mismo jefe de policía. Me conocía mucho.

—Vea, señor Sthevens — me dijo el funcionario; — es un poco peligroso para mí acceder a un pedido como el que Ud. me hace. Pero... en fin, tratándose de un amigo...

—¡Muchas gracias, jefe!

—Siéntese. Lo voy hacer traer a mi despacho. Nadie se enterará.

Tocó un timbre. Apareció un oficial, y el superior dió una orden. Después nos pusimos a conversar.

O P E N D O O



—¿Usted cree — dije yo — que este muchacho está realmente comprometido en la muerte de esa mujer?

El jefe vaciló un momento, y respondió:

—Le diré... Hasta ahora, todas las posibilidades son esas. La mujer ha sido encontrada muerta en su habitación; más aún: en su cama. No presentaba ningún indicio de muerte violenta. Por el contrario. Pero... la cosa está difícil. La verdad es que no hay pruebas. Nada. Absolutamente nada. Los médicos acaban de informar: Afección cardíaca. ¡Como usted ve!...

Yo, a la verdad, no veía nada. En esto entró de nuevo el oficial, y dijo:

—Ahí está.

—Hágalo pasar.

Y entró José María. Siempre vestido de negro. Más pálido que de costumbre, pero imperturbablemente sereno. Venía fumando en pipa. No sé cómo diablos había conseguido que le permitiesen fumar. Lanzaba al aire largas bocanadas de humo oloroso. «Según el barón Eötvös — esta referencia la he encontrado en Géza Gárdonyi, — hay momentos en

la vida del hombre en que es absolutamente preciso que su pipa esté encendida». Y la de José María lo estaba, frente al jefe y frente a mí. Era imprescindible que lo estuviera.

Nos estrechamos fuertemente la mano.

—Con el permiso de usted, señor jefe, voy a seguir fumando.

El jefe no asintió ni con la cabeza. Pero mi amigo continuó fumando.

—Ustedes disculparán — nos dijo el funcionario, — pero yo no puedo dejarlos solos. . .

—De ninguna manera, señor jefe — replicó Toto; — por otra parte no tengo nada que ocultar.

Sonrió y siguió fumando. Estaba sereno, no hay duda; sereno como siempre. Pero, allá, en el fondo de sus ojillos oblicuos, había algo que yo no podía explicarme, pero que no había advertido nunca en la mirada de aquel hombre asombroso y diabólico.

Nos sentamos. El jefe nos había invitado a que nos sentáramos un momento.

Valladar, con las piernas cruzadas y fumando con elegancia sajona, me decía:

—Supondrás, querido Halys, que la actitud

O P E N D O O



de la policía, frente a mí, no podía ser otra. ¡Naturalmente! Encontraron a Margot muerta en mi cama, y eso era ya motivo suficiente para que a mí me detuvieran. — Y, sonriendo al jefe, que escuchaba impasible, agregó, casi con ironía: — ¡Y hasta para que me creyeran complicado en el asunto! Pero no importa. Como tú puedes creer, yo estoy admirablemente tranquilo. Lo único que me aflige es la muerte de ella. ¡Pobre Margot, tan buena y tan linda!

Yo no sabía qué decir. Lo miraba; nada más. El jefe creyó oportuno que la entrevista terminara, y así nos lo dió a entender cortésmente.

Volvió a llamar. Cuando apareció el oficial, Toto y yo nos abrazamos fuertemente.

—Recuerdos a Alma Vanda y a todos los muchachos. Pronto me veréis por allá.

Esto lo dijo como emocionado. Saludó y agradeció al jefe, y salió del despacho, sereno, imperturbable, como había entrado. Había desaparecido ya, y yo continuaba mirando como un bobo la puerta por la que había salido. El jefe me puso la mano en el hombro. Yo me sobresalté.

—¡Amigo Sthevens — me dijo, — este hom-

A L F R E D O R . B U F A N O

bre, o es un caballero inocente, o, de lo contrario, y ojalá me equivoque, un delincuente habilísimo.

—¡Oh, no señor! ¡Es un hombre buenísimo! Poeta de gran talento...

—En fin... ¡Veremos, amigo Sthevens; veremos!

Al salir del despacho, tropecé brutalmente con una silla.

* * *

Durante el proceso me ví varias veces con Toto. Siempre le encontraba igual. ¡Qué tipo!

Al cabo de un mes, la justicia dió su fallo: «Dispóngase la libertad provisoria de José María Valladar por falta absoluta de pruebas».

La noche de aquel día, después de cenar en casa, mi amigo me leyó un poema que había compuesto en la cárcel.

VI

Alma Vanda, en el cielo

¡Yo, Halys Sthevens, hombre habituado a los grandes dolores de la vida, no puedo evitar el

llanto al escribir este capítulo de la trágica historia de aquel amor mío, tan grande y tan triste! ¿Sabéis vosotros lo que es amar a una mujer? ¿Sabéis lo que es sentirse amado? ¡Qué vais a saberlo! ¡No podéis saberlo de ninguna manera! Porque ninguno de vosotros ha amado como yo y porque no la conocisteis a ella. ¡Sí, pero os aseguro también que, de darme cuenta de lo que ocurría, lo habría sabido evitar! Pero, ya lo dije: yo, Halys Sthevens, soy un hombre de una ingenuidad primitiva. Ahora es tarde. Ella, la más dulce y linda de todas las que me amaron, está muerta. ¡Qué hermosa estaba! ¡Nunca verán ojos de hombre una muerta más bella! Recuerdo que le pusimos una mortaja de seda blanca, y, como murió en primavera, todas las flores de nuestro jardín fueron para ella. Los jazmines no eran más blancos que su cara y sus manos, en las que oprimía un pequeño rosario de amatistas, regalo mío, que ella guardaba como un tesoro sin nombre. Cuando murió, se lo enlacé entre los dedos. ¿Por qué no me fui con ella? ¡Ah, la infinita cobardía del hombre! ¡Pero, de algo me valió también! Ahora sufro por ella, lloro por ella, y

A L F R E D O R. B U F A N O

esto me hace feliz. Además, he descubierto el terrible secreto de su muerte.

* * *

Creo, si no me equivoco, que me he apartado otra vez de mi relato. ¡Sí! Cuando un hombre anda mal de los sesos, suele apartarse a menudo de lo que está relatando. A vosotros os sucedería lo mismo.

Tres meses hacía que Valladar había salido de su corto encierro, y las cosas en nuestra vida seguían sin novedad. No, digo mal; Alma Vanda se ponía cada vez más triste y más linda, y un mes más tarde entregaba su alma a Dios.

—Mira — le dije una noche a Toto, después de retirarse mi mujer, — Alma Vanda no está bien o, por lo menos, debe tener alguna preocupación.

—¡Qué ingénuo eres, Halys! Pero es lógico que tu mujer esté así. Hace doce años que abandonó Polonia contigo; sus padres quedaron allá; ella ha tenido vagas noticias de ellos, y, después de todo, ¡la sensibilidad de Alma Vanda! Mujeres con ese caudal emotivo casi siempre

terminan en esto. Se hacen reconcentradas y tristes. ¡No te preocupes! ¡Cosas de mujer, enamorada todavía!

Y Valladar fumaba. Fumaba y seguía con sus pequeños ojos oblicuos y negros las extrañas filigranas del humo.

Las palabras de aquel hombre me tranquilizaban momentáneamente. Pero el curioso estado de mi amiga volvía a preocuparme seriamente.

Decidí llamar al médico. Como siempre he tenido amigos inteligentes, tenía también un amigo médico. Gabriel Andrada.

—Alma — le dije un día a ella, — quiero que te hagas ver por un médico. Llamaremos a Andrada...

No me dejó terminar la frase.

—¡No, Halys, no! ¿Para qué? ¡Yo no tengo nada! Un poco de tristeza... ¡Nada más!

—¡Yo quiero que te vea Andrada! — insistí.

—¡Pero es una cosa que se te ocurre porque sí!...

—Tú estás más decaída.

—Te parece. ¿No ves que todos me encuen-

A L F R E D O R. B U F A N O

tran más linda? Y sonrió encantadoramente.

—¡No importa! Yo quiero que te vea Andrada.

Ella sabía que cuando a mí me daba por decir: «quiero que se haga tal cosa», no había más remedio que hacerla. Siempre me ha gustado ser un poquito autoritario. Sobre todo con las mujeres. ¡Ah, es muy lindo hacerse obedecer por una mujer hermosa!

El hecho es que me fuí a ver al médico.

—Che, Andrada; necesito que hagas una prolija visita a mi mujer.

—Mañana voy, Sthevens.

Al día siguiente fué Andrada. La revisó, la auscultó, la atormentó con cien mil preguntas. Se pasó varias veces la mano sobre el pelo, y después le recetó unos sellos de veronal.

—¿Qué tiene? — le pregunté yo ansiosamente.

—Un poco de hipocondría. Insomnios... ¡Insignificancias!

Ella me miró triunfalmente. Yo me limité a decir:

—¡Bueno!

¡Ah, los médicos! Decididamente, hay algu-

O P E N D O O R

nos que asombran. Mi amigo Andrada, por ejemplo.

A pesar del categórico diagnóstico del sabio galeno, mi mujer seguía mal. Así: mi mujer seguía mal! Porque, y lo confieso de una vez, Alma Vanda, la divina Alma Vanda, era mi mujer. Ante la Ley y ante Dios. Una estúpida pedantería, explicable en un imbécil pero no en mí, me llevó a deciros al comienzo que Alma Vanda era nada más que una amiga. ¡No! Ella era mi mujer. ¡No sé, Dios mío, cómo se me ocurrió decir semejante cosa! ¡Los hombres de talento tienen cada extravagancia, que es para matarlos a veces! Cierto que me escapé con ella de Polonia, pero, como soy un hombre honrado, al llegar a Budapest lo primero que hice fué casarme con ella. ¡Bueno, ahora estoy un poco más tranquilo! Francamente, ya me estaba pesando semejante mentira. ¡Y continuemos, amigo Sthevens, continuemos!

Pues, sí; a pesar de la sabia palabra del

A L F R E D O R . B U F A N O

médico, mi mujer (¡con cuánta tranquilidad escribo ahora estas palabras!) seguía mal.

Aquella noche, cuando llegó Totó, le dije:

—¿Sabes, querido, que tenías razón?

—Hombre, yo siempre tengo razón. Pero ahora no sé por qué la tengo.

—Pues he hecho ver a Alma por un médico.

Si mal no recuerdo, puesto que ahora puede ser simple sugestión, cuando dije eso, Valladar se ruborizó levemente. Pero siguió fumando. Valladar fumaba siempre.

—¿Y qué te ha dicho?

—Un poco de hipocondría, otro poco de insomnio, y le ha recetado unos sellos.

—Me alegro. Eso te tranquiliza, supongo.

—Sí...

—¿Quieres mostrarme la receta?

Yo se la mostré. Leyó distraídamente:

—¡Veronal!.. ¡Ah, sí! Veronal; para dormir mejor.

Y reclinó la cabeza en el respaldo del sillón.
¡Lucifer!

* * *

¡Oh, aquella madrugada de noviembre! No

O P E N D O O R

sé si podré describiros la en todo su espanto.

Serían aproximadamente las cuatro cuando desperté. Las primeras claridades verdosas del amanecer ponían su nota difusa en los cristales de mi dormitorio, que daba al huerto. Miré a Alma Vanda. Estaba pálida. Atribuí la palidez al reflejo matutino.

La miré un instante y le dí un beso. La frialdad de su boca me hizo estremecer. «¡Alma! ¡Alma Vanda!», llamé despacio. Pero ella no se movía. «¡Alma Vanda!», volví a llamarla, ya en voz alta. Ella seguía inmóvil. Entonces, presa de un presentimiento fatal, empecé a sacudirla. Sus brazos cayeron a lo largo del cuerpo. Apoyé mi oído en su pecho, y lancé un grito de fiera. Un grito que, seguramente, hizo temblar las últimas estrellas que palidecían en el cielo. Después un llanto convulso, un llanto desesperado y único llenó la estancia.

Yo la llamaba, la sacudía, la cubría de besos, le alzaba la cabeza entre mis manos; pero ella seguía divinamente inmóvil, como durmiendo el más tranquilo de sus sueños.

La fámula se despertó a mis gritos y corrió a mi habitación. Ella rompió a llorar desespe-

A L F R E D O R. B U F A N O

radamente. Y yo me estuve allí hasta que el día entró de lleno a bañar con su raudal de luz el blanco rostro de la muerta.

¡Una fuerza desconocida, tenaz, avasalladora, me retenía allí junto a aquel cuerpo querido, besando y acariciando aquella cabeza, portento de hermosura; besando y acariciando aquellas manos frágiles como copos de nieve, aquellas manos que eran como pájaros de misericordia para mis sienes febriles, manos que glorifiqué en mis versos, manos que habrían llenado la más celeste de las misiones si hubieran entornado mis párpados en la hora de mi última mirada para ella!

Cuando atiné a dar las primeras órdenes a la sirvienta, eran ya las siete u ocho de la mañana.

Lo primero que hice, fué mandar un telegrama a Valladar.

«Amigo. Alma Vanda está muerta».

Después hice avisar al médico y al resto de mis íntimos.

Un par de horas después llegaba Toto a la quinta de San Isidro. Yo le ví entrar. Sereno, inmutable, con un cigarrillo egipcio entre los

O P E N D O O R

labios finos. Su palidez era casi cadavérica, y sus pequeños ojos de japonés brillaban como nunca. A mí, ¡siempre el mismo inocente!, se me ocurrió que había llorado.

No bien lo ví, fui a su encuentro y me eché a llorar entre sus brazos. Mi desesperación llegaba al paroxismo. El permanecía hierático, inmovible. Me llenaba, eso sí, de palabras de consuelo que lograban tan sólo hacer aumentar mi llanto y mi dolor, porque, al oírlas, volvía a sentir la sensación de mi desgracia irreparable. ¡Muerta ella! ¡Oh, Dios mío! Pero ¿es que pueden morir las mujeres que amamos?

* * *

A eso de las once llegó Gabriel Andrada. El doctor Gabriel Andrada, médico cirujano y amigo mío. Cuando le ví tuve, como primer impulso, la intención de estrangularlo, pero el pobre tenía una cara que hubiera desarmado al más feroz de los verdugos.

Nos acercamos a la muerta. Mis ojos debían ser dos interrogantes siniestros. Ya ni me acuer-

A L F R E D O R. B U F A N O

do todas las tonterías que me dijo. Lo único que sé es que, como debía extender el certificado de defunción, el hombre escribió: «Miocarditis», como pudo escribir cualquier otra cosa. Tras breves reflexiones filosóficas sobre lo irremediable, Gabriel Andrada se retiró.

Yo no sé que se ha hecho; pero no pierdo las esperanzas de encontrarme con él para darme la gran satisfacción de decirle: «Usted es un imbécil». Ya tengo preparada la frase.

Bien. José María me ayudó a poner la mortaja a Alma Vanda. El me ayudó a depositarla en el ataúd. El me ayudó a cortar las flores del jardín para cubrir con ellas el cuerpo de «la amada inmóvil», según la frase del dulcísimo azteca. El me acompañó a velarla toda aquella noche, espantosamente larga y corta. Larga, porque ella no despertaba nunca como yo soñaba; corta porque tenía miedo de que amaneciese el día en que se la llevarían para siempre de mi lado. El, José María de Valladar, no se movió un minuto de mi lado.

El: ¡Lucifer!

* * *

¡Oh, aquel nuevo amanecer de primavera!

O P E N D O O R

Ella allí, dormidita en su caja, bajo una carga de flores, con su rosario de amatistas entrelazado a sus dedos de cera; y yo, pálido y ojeroso, casi espectral, junto a aquel amigo que permanecía impassible y sereno con su pipa perennemente encendida.

¡Olor de jazmines marchitos y de incienso que venía de la estancia mortuoria; olor de tierra húmeda, olor de hierbabuena de los campos amanecidos; qué bien os conozco!

A las diez debíamos enterrarla. Cuando mis amigos me comunicaron que era hora de tapar el ataúd, yo no sentía ya mi corazón. Estaba insensible, como de nieve. Me acerqué a ella y la besé en la frente. Al levantar la cabeza, vi a Toto a mi lado, como si fuera un fantasma. Le oí decir como en sueños:

—¿Me permites que le dé un beso?

Asentí con la cabeza. El se inclinó a besarla y yo rompí a llorar, después de no sé cuántas horas que había permanecido mudo como una esfinge.

Valladar, yo y mis otros amigos llevamos a pulso el ataúd hasta el carro fúnebre. Después nos metimos en el coche de duelo, e hicimos

A L F R E D O R. B U F A N O

el trayecto en silencio. José María fumaba.

Llegamos al cementerio del pueblo, en cuya capilla hicimos oficiar un responso. Y a pulso nuevamente, llevamos a Alma Vanda hasta la fosa. Cuando los sepultureros, con su indiferencia habitual, empezaron a descolgar el cajón hasta el fondo del pequeño pozo, Valladar tomó un puñado de tierra, y lo arrojó sobre la muerta, en momentos que sonaba el golpe del ataúd tocando el fondo. Después lo hice yo y los demás.

Cuando la fúnebre tarea quedó concluida y nos dispusimos a regresar, notamos que Valladar había desaparecido.

Pensé encontrarle en casa, pero no fué así. Valladar no estaba en ella. Esperé dos días, tres, cuatro, pero Valladar no volvió. Al cabo de una semana me decidí a salir, y al llegar a Buenos Aires, lo primero que hice fué ir a su pieza. Estaba desencajado, pero sereno. Se sorprendió un poco al verme, pero, fumando estaba, y continuó fumando.

—No fui a verte — me dijo, — porque creo que en estos trances supremos los hombres deben estar solos.

O P E N D O O R



A mí me pareció hermosa la reflexión.

Anduvimos juntos todo el día, y después me acompañó hasta casa. Después de cenar nos fuimos a la biblioteca y nos quedamos hasta cerca de media noche sin cambiar ni una sola palabra. Pero los dos contemplábamos el retrato de Alma Vanda, vestida de blanco con su ramo de lirios morados. Y esta misma escena de Maeterlink, se repitió muchísimas noches. Si nos hubiera conocido Carlyle en una de esas noches, hubiera escrito nuestro elogio.

Tres meses después de la muerte de Alma Vanda, mi amigo Toto me dijo un día, de buenas a primeras:

—Me voy de Buenos Aires.

—¿Te vas? ¿A dónde?

—No lo sé. Me voy.

—Pero, ¡hombre de Dios!; a alguna parte más...

—Sí. Pero todavía no lo sé. Me voy y nada más.

Yo no quise insistir. Dos días después nos

A L F R E D O R . B U F A N O

despedíamos en casa, porque ni quiso que le acompañara, y desde entonces no supe nada más de él hasta hace pocos días, esto es, después de dos años de ausencia.

¡Ah, sí! Mi amigo era un tipo estupendo. Se iba y no decía a donde, y se pasaba dos años sin escribirme. La amistad es una tontería.

V

**Yo Halys Sthevens,
en las puertas de la locura.**

Creo que hace seis días que dudo hasta de si me llamo o no Halys Sthevens.

La muerte de Vanda ha hecho de mí una cosa que a veces se parece a un hombre. Nada más que a veces.

Noches pasadas me hallaba en la misma taberna de hace unos años. En la misma que conocí a Lucifer una noche de lluvia y de viento.

Estaba solo, como entonces; y llovía, como entonces. De pronto vi entrar a un hombre de barbas negras, magro y pálido, tambaleándose.

O P E N D O O R

Sucia y harapienta la ropa. Entró, se sentó a una mesa, y pidió de beber. Al rato reparó en mí. Me miró fijamente, como si despertara. Reparó en mí en el preciso momento en que llevaba el vaso a la boca. Y quedó así, con la copa en alto y mirándome con unos ojillos oblicuos y negros, pero sin brillo. Me miró un buen rato que a mí me pareció infinito.

Se levantó apoyándose en la mesa, y se dirigió hacia mí como en la noche lejana.

—¡Sthevens! — murmuró con voz ronca.

—¡Sí, Sthevens! ¡Y tú, Valladar!

Se dejó caer en una silla. Temblaba como un poseído. Los dientes le castañeteaban de una manera espantosa. Apenas si podía hablar, y había que hacer serios esfuerzos para entenderle; y esto, a decir verdad, era una cosa grave para mí.

—Me alegro haberte encontrado, Sthevens — me dijo. Y agregó, sin mirarme mientras encendía su pipa. — Debo decirte una cosa.

—Pero, ante todo, ¿cómo te encuentras así? ¿Qué has hecho?

—Eso no te interesa. ¡Lo otro sí! ¿Quieres que salgamos?

A L F R E D O R. B U F A N O

—Bueno.

Nos tomamos del brazo como la primera noche, y salimos. Yo temblaba también, contagiado por el continuo temblor del cuerpo de Valladar.

Nos internamos en los jardines del bajo, húmedo de lluvia, y allí, en un banco semioculto por los árboles, nos sentamos. Caía una fina garúa.

—¿Sabes quien soy yo? — murmuró mi amigo. Y continuó:

—Yo soy Iván Petrowicz. No te asombres. Yo me llamo Iván Petrowicz. Para ti fui Valladar. Y para todos. Pero no para Alma Vanda.

Ese nombre tuvo la virtud de aclarar mis sentidos y, en los límites de la sorpresa y la curiosidad, grité, más que pregunté, mientras sacudía a aquel hombre con violencia:

—¿Qué dices? ¿Deliras?

—Yo soy Iván Petrowicz — continuó con voz sorda. — Soy polonés. Era el amante de Alma Vanda cuando tú me la robaste.

Yo di un salto de bestia herida. El no se inmutó. Se limitó a tomarme de las muñecas fuertemente y decirme:

O P E N D O O



—Escucha, que te interesa. Si no te interesa, haz lo que quieras. Bien. Yo era amante de Alma en Polonia. Tú me la robaste. Y ella me fué infiel al escaparse contigo.

—Pero yo me casé — rugí.

—No importa. Ella me fué infiel y yo juré vengarme. Os seguí por Europa. Después llegué a Buenos Aires; y de esto han pasado muchos años. Me cambié de nombre. Puse todo mi empeño en pasar inadvertido y en encontraros a ambos. Yo no te conocía. Diez años después te encontré a tí, y tú me llevaste a tu casa, donde, sin quererlo, y porque así lo quiso la suerte, me encontré con ella, con la que buscaba. ¡Vamos, no te enfades! ¡Sé hombre superior! ¿Te acuerdas de Margot? Bueno, yo la maté. ¡Qué gracioso! Yo la envenené para ensayarme, y me salió bien. La policía está compuesta de idiotas. ¡Espera, hombre! ¡Espera!

Lucifer me había vuelto a tomar de las muñecas y me oprimía con una fuerza brutal.

—¡Suéltame, canalla! ¡Me haces daño!

—¡Vamos, ten paciencia. ¿No ves? ¡Ahora me privas del placer de encender mi pipa. Bueno, como te decía: Yo envenené a Margot. Des-

pués le pedí a Alma Vanda que te fuera infiel. Pero, la muy tonta, no quiso. Prefirió suicidarse. Porque se suicidó. Pero con el arsénico que yo le dí. ¿No lo sabías? ¡Sí! Como no quiso engañarte, yo la amenacé con revelar todo su pasado. Pero no cedió. ¡Ah, una entereza única! Entonces yo, despechado y enamorado todavía locamente de ella, la dí a elegir nuevamente, esto o aquello: más claro: o se entregaba a mí de nuevo, cosa que no aceptó de ninguna manera, o, de lo contrario, yo revelaba la verdad si no tomaba por sus propias manos lo que yo le daba. Tú la conocías bien, ¿verdad? Pues prefirió lo último. Yo le suministraba el veneno y ella lo tomaba sabiendo. Muchas veces en tu presencia. ¿Y tu amigo el médico? Lo demás lo sabes. Se murió sin decir una palabra. ¡Miocarditis, dijo el imbécil!

Las manos de Petrowicz oprimían cada vez más mis pulsos. Sus uñas se hundían en mis carnes. La garúa finísima nos había empapado completamente. Y en la lobreguez de la noche, yo veía la sonrisa satánica de aquel hombre, y oía su voz gangosa y ronca haciendo la más espantosa confesión.

R P E N D O O



—¡No tiembles tanto, muchacho!—continuó—
¿Sorprendiste alguna vez un gesto, un movimiento, una palabra? ¡Nunca! Mentírfas si dijeras que sí. ¡Qué temple de mujer! ¡Es que no sería polaca si no hubiera sido así! ¿Enterado, señor Sthevens? Yo soy Iván Petrowicz, y Alma Vanda fué mía antes que de nadie. ¡Linda estará ahora bajo la tierra! Muerta ella, yo no tengo nada qué hacer. ¡Vamos, ya te dejo! ¡Qué gracia tiene todo esto! Me pasé estos dos años bebiendo. ¿Quieres que seamos amigos? Ahora ella no está... ¡Oh, Alma Vanda! ¡Perdóname!

Dicho ésto, aflojó sus manos y se echó a llorar con un llanto siniestro. Después se dobló sobre sí mismo, y cayó de cara al suelo. Yo no sé lo que hice. Creo que intenté oprimirle el cuello, pero al notar que no se movía, eché a correr hacia el Retiro bajo la lluvia que empezó a caer fuertemente. Vagué hasta la madrugada. Tomé el primer tren de San Isidro. Cuando llegué a casa, fuí a la biblioteca y me quedé dormido contemplando el retrato de Alma Vanda.

A L F R E D O R . B U F A N O

* * *

Desde hace una semana, yo, Halys Sthevens,
busco la manera más original de suicidarme.

**EL MUERTO QUE SE
ESCAPÓ DE LA
MORGUE**



I
Soy un hombre honesto.

Ah, sí!
Como soy un hombre honesto, debo empezar diciendo que estoy encerrado desde hace un año en el manicomio. Pero semejante cosa, no quiere decir, en modo alguno, que yo esté loco. ¡Que voy a estarlo! Lo demuestra claramente lo que se me ocurrió el otro día: como yo soy un convencido de que conmigo se está cometiendo una atrocidad, teniéndome encerrado como demente, tuve vez pasada la idea de escaparme. Para llevar a cabo mi plan, una mañana, burlando la vigilancia de los guardianes,

A L F R E D O R . B U F A N O

me subí a las azoteas del hospicio con dos tablas, una lona y un despertador. Con estas cosas tenía pensado construir un aeroplano y fugarme en él. Pero los tipos se dieron cuenta de mi ausencia y empezaron a buscarme hasta que dieron conmigo. Mi aeroplano estaba casi terminado. Faltaba el simple detalle del motor, para lo cual estaba ya, y en marcha, el despertador que acababa de robarle al mayordomo.

—¿Qué haces aquí?— me preguntaron al encontrarme.

—Un aeroplano—les contesté yó.

—¿Un aeroplano? Y, ¿para qué?

—Para tomar aire.

Los badulaques se echaron a reír. Me sacaron todo y me condujeron nuevamente a mi celda. ¡Ah, si me hubieran dado tiempo! A estas horas mi padre estaría por segunda vez en el otro mundo. ¡Sí! ¿Qué hay? Yo maté una noche a mi padre. Lo maté porque me jugó una mala partida. Pero después, ¡que se yó!, el viejo se me apareció de nuevo. Claro, yo me dí un susto bárbaro, y al día siguiente me encerraron aquí. Loco, loco y loco; esto es lo que oigo desde aquella noche. ¡Loco! ¡No se

O P E N D O O R

descuiden conmigo, porque sé perfectamente que tengo más juicio que cualquiera! ¡Ah!, sí! En cuanto se descuide el mayordomo, vuelvo a robarle el despertador, y ¡chau!

II

¿Lo cuento? ¿No lo cuento?

Francamente, me gustaría contarles lo que me sucedió. Cierto que yo no salgo muy lucido que digamos de la aventura; pero, ¡que diablos!, al fin y al cabo, lo que me pasó a mí, le puede ocurrir a todo el mundo. ¡Qué diablos! ¡Me da risa cuando me acuerdo!

III

**Mi padre es un tipo extraño
y mi hermana se ahorca.**

Yo me llamo Osvaldo, lo mismo que el personaje de Ibsen. Mi padre, Ismael Gutiérrez,

A L F R E D O R. B U F A N O

era un gran lector del dramaturgo noruego. Por eso me puso el nombre de Osvaldo. El ambiente en que yo me crié era de lo más extraño.

Yo era un niño aún—tenía seis o siete años—cuando una mañana encontramos a nuestra hermana mayor colgadita de una soga, con la lengua afuera y los ojos enormemente abiertos. Aquel cuadro no lo he podido olvidar hasta ahora. Mi padre era un personaje de leyenda. Era un hombre hermoso; alto, moreno, silencioso y reflexivo, poseía un poderoso don de simpatía. Era casi un tipo hiperbólico. Mi madre era la antítesis: alegre, locuaz y muy hermosa también. Recuerdo que aquella terrible mañana en que encontramos ahorcada a Marta, ella se puso a reír sonoramente con una risa interminable. Mi padre, en cambio, no dijo ni una sola palabra. Se quedó mortalmente pálido. Yo y mis hermanitos nos quedamos solos con nuestra abuela unos cuantos días hasta tanto se comprobó que mi linda hermana se había colgado porque así le vino en ganas.

¡Ah, pero a mí me queda una duda! ¡Algún día voy a averiguar bien ésto! Por ahora me voy a entretener un rato con mi asunto.

IV

**Me gustan las matemáticas
y estoy enamorado.**

Si no me equivoco, dije que el ambiente en que yo crecí era bastante extraño. Paso por alto todo y veamos si hay razón para que a mí se me tenga aquí meditando en una jaula.

Ustedes me harán el favor de creer que yo soy un tipo inteligente. Mis ocupaciones predilectas son la medicina y las matemáticas. ¡Nada más maravilloso que las matemáticas! . . .

2 por 2 igual a 4, más 2, igual a 6, menos 2, igual a 4.

¡Qué estupendo! A mí me hace una gracia bárbara.

Bueno; yo era un muchacho soltero. Esto que a simple lectura parece una cosa sin importancia, la tiene, y capital: porque si yo no me hubiera casado, seguiría siendo soltero, y no me habría sucedido todo lo que me sucedió.

María Luisa, la mujer más hermosa del mundo, era amiga de mi madre. Tenía unos veinte años, más o menos; como yo. Era dueña de unos ojos magníficos, casi espantosos de tan

A L F R E D O R. B U F A N O

bellos que eran. Yo me enamoré de ella y me enamoré con toda vehemencia de mi juventud. Perdí completamente el sueño y el apetito: pruebas categóricas de que mi estado amoroso era en realidad desesperante. Cuando un hombre está enamorado, no come, ni duerme y, por lo tanto, al cabo de algún tiempo, termina por tener cara de idiota. Me quedaba hecho un bobo contemplando el vuelo de una mosca o haciendo deducciones filosóficas después de la lectura de algunas máximas sobre el amor.

Algunas cosas de la Rochefoucauld tuvieron la virtud de hacerme más estúpido de lo que estaba. ¡También! ¡Si alguno de ustedes la hubiera conocido! Estoy seguro de que se habría sentido poeta. ¡Que ya es decir bastante!

Yo también le hice versos. Pero no los he querido publicar. Nunca me ha gustado divertir a nadie.

V

¿Mi padre quiere que me case?

¡Me caso!

El tiempo pasaba así: Yo enamorado de ella; ella visitando mi casa, pero sin corresponderme.

O P E N D O O



Yo nunca le había dicho que la quería, pero eso no importaba, por cuanto ella, como mujer inteligente que era, podía ver en mis ojos todo mi fervor.

Una tarde me llamó mi padre a su despacho. Me hizo sentar, encendió su pipa, y me dijo así, de pronto:

—Osvaldo, tú debes casarte.

Yo no supe qué decir. Después de un rato de meditación, en el que la imagen de María Luisa me acompañó, me atreví a decir:

—Sí... yo me casaría...

—Y, ¿Por qué no te casas? ¿No tienes novia?

—No.

—Mejor. ¿Te gustaría María Luisa?

Yo tuve la sensación de que me metían de cabeza en un horno. Mi padre lo notó, sin duda, porque insistió:

—¿Te gusta?

—Sí— pude decir por fin, y agregué:—Pero creo que ella...

No pude continuar. La lengua se me quedó pegada al paladar.

—¿No te quiere?

Yo asentí con los ojos.

A L F R E D O R. B U F A N O

—Tonto. ¿Y tú la quieres a ella?

—Mucho.

—Pues ella también te quiere.

Yo no podía creer semejantes palabras. Pero mi padre insistió, y yo me eché a llorar de alegría. A mi padre le brillaban los ojos, pero me extrañaba su palidez. Decididamente, cuando un hombre está enamorado, ve menos que un ciego. De ahí el lugar común de que el amor...

VI

Decididamente, me festejan

¿Ustedes nunca han sido festejados por una mujer? Bueno. Y a mí ¿qué me importa? Lo que yo sé decirles es que María Luisa, a partir del día en que me habló mi padre en su despacho, empezó a festejarme. Cambió de la noche a la mañana. Entraba en casa, y lo primero que hacía era preguntar por mí. Yo, en cuanto la veía, perdía la noción de la estabilidad, y me olvidaba hasta de Pitágoras. (Creo honrado advertir que yo no me olvido así no más de Pitágoras... ¿Ustedes lo conocen?)

O P E N D O O



Sí, pues; en cuanto yo veía a María Luisa, me abatataba todo. Pero ella, que era de una sagacidad a toda prueba, trataba por todos los medios de hacerme volver a mis cabales.

—¿Cómo le va, Osvaldo?—me preguntaba, con la más dulce de las sonrisas. Yo, lo único que podía contestarle era:

—Bien, María Luisa, ¿y a usted?

Después me ponía a multiplicar mentalmente. ¡También, con la afición que siempre he tenido por los números!

Una mañana que nos quedamos solos en el comedor, ella, acercándoseme despacito, como una gata que fuera a dar un salto, me dijo así, sin prevenirme, a boca de jarro:

—¿Qué le pasa, Osvaldo? ¡Siempre tan grave, tan triste! ¡Usted debe de estar enamorado!

Miren, yo no estoy seguro, pero creo que me puse a hacer pucheros. Sí, debió de ser así, porque ella se me acercó más, me tomó de las manos, y me dijo, suspirando:

—¡Osvaldo! ¡Qué tiene Osvaldo! ¡Cuéntele a su amiga, que le quiere bien!

¡Qué barbaridad! Me dan ganas de pegar

A L F R E D O R. B U F A N O

patadas cuando me acuerdo. Yo, por no perder la costumbre, no dije nada; pero apreté sus manos, las apreté con todas mis fuerzas. Después las cubrí de besos, de besos locos, fervorosos, y al cabo de tres o cuatro segundos me eché a llorar como un animal.

Ella me acariciaba la cabeza, me metía los dedos finos por entre los cabellos, y murmuraba:

—¡Pobre Osvaldo! ¡Pobre Osvaldo!

En una de éstas me dió por mirarla. ¡Qué linda estaba! Los ojos me envolvieron con su fuego, con esa llama entre verde y rojiza que desprendía en los grandes momentos de amor. Tenía la boca entreabierta, húmeda, satánica. A mi se me nublaron los ojos. El caso es que, cuando menos me quise dar cuenta, la estaba besando. La besé con un beso desesperadamente largo, con un beso tembloroso. ¡Qué beso! Si no hubiera sido de mañana, ¡por la luz que me alumbra!, estaría en condiciones de jurar que oí toda la música del cielo. Pero no era de noche. ¡Lo lamento! Porque yo estoy seguro de haber oído una lejana armonía, que acaso no vuelva a oír ya nunca.

O P E N D O O



VII

A mi señora madre se le ocurre desaparecer

Mamá no era una mujer torpe. ¡Por el contrario, era como yo, bastante inteligente! Así, pues, en seguida se percató de que mi asunto con María Luisa, andaba como con patines sobre hielo. No sé por qué sería, pero yo noté que a ella le entristeció el hecho. Y pude confirmar mi sagacidad, una noche, cuando le dije:

—Mamita, ¿sabes que estoy enamorado de María Luisa?

—Lo sospechaba — me contestó ella, secamente.

—Sí, mamita; estoy enamorado; y la quiero mucho.

—¿Y? ¿Qué piensas hacer?

—¡La pregunta! ¡Casarme, mamá, casarme! ¿Te desagrada?

—Algo, hijo, algo . . .

—¡Pero, mamá! ¡Siendo tú tan amiga de ella! Y después, a papá le gusta mucho; tanto, que

él mismo me propuso que me casara con María Luisa. ¡Y yo . . . que no quería otra cosa!

Mamá se puso pálida. Creo que los ojos se le llenaron de lágrimas, porque le brillaban, le brillaban de una manera extraordinaria; pero al rato se puso a reír. Y se rió con esa risa que semejaba un tintineo de cristalerías. ¡Qué mujer rara!

Cuando yo le demostré a mi padre la extrañeza que me producía la contrariedad de mamá, respecto a mi matrimonio, se limitó a decir:

—No le hagas caso, muchacho; no le hagas caso. ¿Tú quieres a María Luisa?

—Ya lo creo.

—Ni una palabra más, entonces. Te casas, y se acabó.

Yo me alegré bastante, pues contando con la buena voluntad de mi padre, no había nada que hacer. El quería que yo me casara, y se acabó el asunto. Ni una protesta. Allí se hacía lo que él ordenaba.

A todo esto, se fijó la fecha del casamiento. Hacía apenas un mes que yo estaba en relaciones con María Luisa. En todo ese tiempo nuestro amor había prosperado bastante. ¡Bah!

O P E N D O O R

Hay que confesar la verdad. Yo me hice cada día más exigente, y ella me complacía haciendo una encantadora resistencia.

Un día se quedó a almorzar con nosotros. A la hora de la siesta nos fuimos al jardín; un gran jardín de casa vieja. Yo perdí el juicio, ella también. Cuando nos dimos cuenta, lo irremediable se había producido.

—Tontita, ¿por qué lloras? — le dije yo, acariciándola y arreglándole el desordenado cabello. — ¿No nos vamos a casar dentro de unos días?

Ella dejó de llorar y empezó a hacerme mimos. ¡Ah, pantera!

¡Ya perdí el hilo del relato! ¡No, si a veces tienen razón los médicos y los que dicen que por algo estoy aquí!...

Estábamos en que se fijó la fecha del casamiento. Cuando todo estaba convenido y se hacían los preparativos de la boda ¡trácata!, a mi señora madre se le ocurre desaparecer de casa. ¿Ustedes creen que se suspendió la boda? No, señores; yo me casé el día indicado y nada más.

Yo le pregunté mil veces a mi padre acerca

A L F R E D O R. B U F A N O

de mamá. Pero él no sabía nada. Así decía él:

—No sé nada hijito, no sé nada. ¿Qué quieres que sepa? Ella se ha ido, y ella sabrá por qué.

Ahora, después de un año, acaban de decirme que han encontrado los restos de mi madre sepultados en la huerta de casa, al pie de un manzano enorme. ¡Como para no volverse loco! ¡Ah, si no me tuvieran aquí! 2 por 2 igual a 4, más 2, igual a 6, menos 2 igual a 4, ¡Qué hermosas son las matemáticas!...

VIII

Mis esponsales

Les mentiría a ustedes como un sinvergüenza si no les dijera que yo no veía la dulce hora de casarme.

En la oficina, en lugar de hacer mis obligaciones, me pasaba el tiempo dibujando planos y más planos de casas, palacios, quintas y otras maravillosas viviendas, dignas de ocultar entre sus paredes y bajo sus techos a la mujer que, siendo mía ya, lo sería para siempre dentro de poco.

O P E N D O O



Una tarde estaba tan distraído en mi escritorio, que en vez de tomar el te que acababan de traerme, me chupé toda la tinta del tintero. Cuando me di cuenta, ya no quedaba nada. ¡Claro! Me agarró una descompostura bárbara. Mis compañeros la gozaban en grande.

El jefe, que me venía observando desde hacía tiempo, aprovechó la circunstancia de la tinta para decirme:

—Pero, señor Gutiérrez. ¡Usted está hecho un idiota!

—¡Señor... ha sido un error!

—Esos errores los cometen los hombres que, como usted, se pasan el día papando moscas.

A mi me dió un gran fastidio. ¡Con qué gusto le hubiera pegado un puntapié en la nuca! Pero, como soy hombre forjado en el trato continuo de los grandes sistemas filosóficos, me puse tranquilamente a dibujar el plano de un templete griego que ubicarla en medio del jardín de la casa colonial que tenía pensado construir.

Entretanto, como es lógico suponer, pasaban los días. Una semana antes de la fecha, ¡de la gran fecha!, le dije a mi jefe:

—Señor Aldao, yo necesito un mes de licencia.

—¿Está enfermo?

—No, señor; tengo que casarme.

—¿Y para eso necesita un mes?

—¿Qué menos?

—Pero si para eso con tres días basta... Pero yo le voy a dar una semana. ¡Y trate de componerse, amigo, trate de componerse!

Yo me quedé pálido de rabia. ¡Una semana de licencia! Bueno. No hubo más remedio. A lo mejor, si yo insistía me echaba a la calle, y no era programa quedarse sin empleo.

Cuando amaneció el día de mi boda, yo era otro hombre. ¡Sí, debía ser otro hombre, porque todo me parecía diferente! El aire de aquella mañanita de marzo era más suave que nunca; la luz del sol se me antojaba color rosa, el canto de los pájaros... el perfume de las flores... ¡Que de pavadas, Dios mío, se le ocurren a uno en un día que, a lo mejor, como era ése para mí, es el comienzo de un drama!

Habría perdido el don de la oportunidad si a mí se me ocurriera hacer ahora la descripción

O P E N D O O R

de todos los hechos de ese día. ¡No señor! Hicimos, ni mas ni menos, lo que hacen todos, Registro Civil, iglesia y una fiestita. Yo estaba nervioso. ¡Cómo me apretaba el chaleco de mi traje nuevo!

Pero, como todo tiempo llega, llegó también el ansiado momento de estar solos con mi adorable mujercita. El último que se despidió fué mi padre. Nos besó a los dos lo más enternecido.

Al día siguiente nos fuimos a un pueblito vecino a pasar los días que me quedaban libres. Después de ésto, la vida se hizo normal. Teníamos unas habitaciones en la casa paterna. Y vivíamos bien. ¡Eso sí! El jefe se asombró de mi cambio. Yo era un hombre nuevo. Trabajaba en la oficina como en mis mejores tiempos. Después me iba a casa.

¡Ahora viene lo bueno! ¿Ustedes creen que María Luisa continuó siendo buena y cariñosa? Pues se equivocan. Después de tres o cuatro meses, tenía que librar verdaderas batallas para estar un rato con ella, como en los días de nuestra luna de miel.

Se hacía la interesante. A veces ni me miraba.

—¿Qué tenés, Chingola? — le pregunté una tarde, a mi vuelta del empleo.

—Nada — me contestó ella.

—¿Querés decirme que tenés? — insistí yó.
—Vos tenés algo.

—¡Te digo que no tengo nada!.

Yo, haciendo más dulce la voz, y poniendo ojos de pícaro, le murmuré:

—María Luisa . . . te conozco; vos tenés algo y me lo ocultás . . . y la miré con fijeza cariñosamente paternal.

—No, no tengo nada . . . — pero inclinó la cabeza. Yo me enternecí todo, y le dije con la voz más arrulladora que puede tener un empleado de oficina y estudiante de matemáticas:

—¿Te sentís mamita, Chingola?

¡Ay, Dios mío! Se paró como tocada por un resorte y por poco me pega un bife. Tralalá, tralalá, tralalá. El tiempo que gasta la tierra en recorrer su órbita alrededor del Sol, consta de 365 días, 5 horas, 48 minutos, 49", 7, ó 365 días, 6 horas menos 11 segundos, poco más o menos. Esto, según mis cálculos. Lo demás no me interesa.

IX

La sospecha mata al hombre

Gay-Lussac se elevó en globo, en 1804, hasta 7.000 metros; yo me hubiera elevado a 14.000 si hubiera tenido la seguridad de que mediante un paseo por esas alturas, en un derivado de Montgolfier, habría hecho desaparecer de mi cerebro las terribles sospechas que empezaron a hacer su madriguera en mi caja craneana. ¡Suenan bien esto de caja craneana!

Si yo fuera pintor o dibujante, haría una monstruosa concepción artística de la Sospecha y la Duda. ¡Hay que sentir eso en uno para saber lo que es!

Yo había notado el cambio producido en María Luisa. Esto me molestaba bastante; pero lo que me chocaba hasta lo imposible, era ver las desmedidas atenciones que mi señora esposa tenía para mi señor padre. ¡Qué quieren; no lo podía aguantar! Llegaba él a cenar, y todas las palabras eran para él; iba él a almorzar afuera, y mi mujer no habría la boca nada más que para decirme:

A L F R E D O R. B U F A N O

—Toma esto, alcánzame aquello; apúrate que se te hace tarde.

Ni bien terminaba de comer, se levantaba de la mesa y se encerraba en su dormitorio. Yo me quedaba solo como un estúpido. Cuando iba a despedirme, me miraba apenas, y si le decía: «dame un beso», ella ponía la cara para que yo la besase.

Entonces en vez de tinta, tragaba rabia. Andaba siempre indigestado de rabia. A la verdad, yo no me explico todavía cómo no reventé en esos días. La ley de Mariotto hizo extragos en mí, puesto que yo no hacía nada más que embuchar y embuchar. Pero, eso tenía que resolverse, y se resolvió. ¡Aprieta! (Siempre es bueno, de vez en cuando, hacer uso de expresiones castizas).

¡No tiembles pluma! ¡Escribe todo para escarnio de los culpables! ¡Por Júpiter tonante, que os clavaré en la cruz de la vergüenza por los siglos de los siglos! ¡A la voz de ahora! ¡Ahijuna!

Una tarde estando en el conchavo me sentí mal. Cualquér hombre puede sentirse mal estando en el conchavo. Yo se lo dije al jefe:

O P E N D O O

—Mi jefe, yo no me siento bien.

—¿Se ha tragado otro frasco de tinta?

—No, mi jefe. Estoy descompuesto.

Seguramente, yo debía tener una cara que daba miedo, porque el jefe se puso serio y me dijo que me fuera enseguida. Y me fui. Llegué a casa como pude. Cuando entré vi en el vestibulo el sombrero y el bastón de mi padre. ¡Cómo! ¿Esto aquí? ¡Este bastón y este sombrero tendrían que estar colgados a estas horas en las perchas de una oficina! ¿Y están aquí? ¡A mi no me fuman así no más! ¡Ah, qué rabia! Me saqué los botines y empecé a caminar hacia las habitaciones. Cuando llegué a la contigua al dormitorio de mi mujer, me detuve a escuchar. ¡No me perdono nunca haber hecho eso! Porque si yo no lo hubiera hecho, no habría oído nada, y nada habría pasado. Pero yo me puse a escuchar. Oía todo claramente. Como ellos estaban seguros de su soledad, hablaban como les venía la voz.

Primero fueron palabras de cariño. Truncas, balbucientes. Rumor de besos y cuchicheos desesperantes ¡Qué fuerza misteriosa me tuvo tanto tiempo allí, plantado como una estaca!

A L F R E D O R. B U F A N O

En una de esas, no pude más. Me fui al comedor y me armé de un cuchillo. Elegí el de trinchar. ¡Grande, lindo, afiladito! Y volví a mi sitio. Me puse a escuchar de nuevo. Sentía una voluptuosidad diabólica en prolongar mi venganza. En esto estaba, cuando oí que decía mi padre:

—¿Qué tiempo llevas?

—Cinco, queridito. Ya va a empezar a notarse. Osvaldo me preguntó el otro día...

Hubo un silencio largo. Y volvía a oír la voz de mi padre.

—¡Cinco meses! Osvaldo se va a dar cuenta de que eso data de antes del casamiento.

—¡Quién sabe, querido! No hay que olvidarse que yo me entregué a él una tarde... ¡Claro que yo ya estaba así! Pero no importa. Hay que aprovecharse de eso, y confundirlo. ¡Es tan sugestionable el pobre!

—Mi padre lanzó una carcajada. ¡Y yo no pude más! ¡No pude más! Entré en la pieza de un salto. ¡Qué tigre ni que ocho cuartos! Yo era más. ¡Ellos ni se lo imaginaban! Lanzaron un grito y se quedaron como dos momias. Y yo me fui derecho a mi padre. ¡Paf! una puña-

O P E N D O O R

lada en el estómago. El viejo cayó muerto. ¡Claro que cayó muerto! ¡Si la cuchilla tenía más de medio metro de largo! ¡Fué una puñalada magnífica! Me faltaba arreglar las cuentas con ella. ¡Qué! Ni que hubiera sido relámpago! ¡Se la tragó la tierra! La busqué por toda la casa. Nada. ¡Seguramente huyó a la calle y se metió quién sabe dónde! ¿Y el viejo? ¡Ah, había que arreglar el asunto del viejo! Después de todo lo que me había hecho ¿iba a parar yo a una cárcel por él? ¡No! ¡De ninguna manera! Salí a la calle — pero antes me puse los botines, — y fingiéndome desesperado por el dolor, llamé a un vigilante, diciéndole:

—¡Mi padre acaba de suicidarse!

Al rato cayó el comisario, y lo primero que hizo fué hacerme detener. Yo protesté llorando. ¡Qué bien lloraba! Pero a pesar de todo, me incomunicaron. Yo me dije: «De aquí no salís más, querido». Sin embargo, estaba lo más satisfecho.

Se inició el proceso. Cuando me llevaron a declarar después de tres días, lo primero que me dijo el juez fué esto:

—Su padre ha fallecido ayer, caballero; acaban de transportarlo a la «morgue».

A L F R E D O R. B U F A N O

Mi asombro fué enorme. Estuve a punto de decir:

—¡No puede ser, señor juez! ¡Si le di una puñalada que le hice parar las patas en seguida!

Pero reaccioné instantáneamente de mi sorpresa, y me puse a llorar a raudales.

—No se aflija, amigo, no se aflija — me decía el magistrado.

Yo había ya pensado bien, pero muy bien, la forma en que debía declarar, y no salir de ahí ni a cañonazos.

Empezó el interrogatorio, y yo contesté: «Me indispose en la oficina, y pedí permiso para retirarme. Cuando llegué a casa, me encontré con mi padre bañado en sangre. Nada más, señor juez».

Había concebido también un plan diabólico contra mi mujer. Puesto que se me escapó de las garras, la complicaría a ella aprovechando la huida.

Y llegó la pregunta:

—Y su mujer de usted ¿dónde estaba?

—No lo sé, señor juez. No estaba en casa. Y ni sé tampoco si ahora está aquí como yo.

—No, señor; no está aquí; pero se la busca.

O P E N D O O R

Yo estaba seguro de que el viejo no podía declarar. ¡Si eso era imposible! ¡Hombre! ¡Me extrañó que viviera un día más! En cuanto a ella, a doña María Luisa, a la encantadora María Luisa, ni aun cayendo en manos de la policía se atrevería a decir la verdad, puesto que con eso se embromaba ella y acaso podría salvarme. A mi me amparaban todos los derechos y todas las leyes; confesando todo, yo me habría salvado.

Estoy seguro que me habrían absuelto. Pero, ¿y el papelón? ¡Cualquier día! Negué y negué. ¡Y lloraba tanto! Por otra parte, no había una sola prueba, nada. Absolutamente nada.

Por último dictaminaron: «Dispóngase la libertad provisional de Osvaldo Gutiérrez, etc. etc.»

Y yo salí, ¡Qué alegría! Si la justicia no logró dar con ella, ya me encargaría yo de encontrarla. Me dediqué pura y exclusivamente a eso. Como consecuencia lógica de todo ese cataclismo, me echaron del empleo. ¡Mejor! Yo no quería otra cosa: tener tiempo para buscarla.

Decidí ampliar mi cultura, ya considerable en diversas materias, leyéndome la edición com-

pleta de las aventuras de Arsenio Lupin y Mister Holmes. Me leí asimismo las memorias de un jefe de policía de París, y otras obras maestras de la literatura policiaca. ¡Pero, ni medio! No di con ella, hasta que la casualidad lo quiso. A todo esto, yo continué viviendo en mi casa por algún tiempo aún. Pero, si debo ser franco, tengo que confesar que la vida allí se me hacía insoportable. ¡La conciencia, amigos, la conciencia! ¡A dos por tres me pegaba cada julepe que me dejaba mal hasta del estómago! Eso no era vida. Vendí todo, y me fui a una casa de pensión. La policía creo que continuaba buscando a la Chingola. Y yo sentía un malestar terrible. Algo así como si dentro de mi mate estuviera gravitando la piedra que Humboldt descubrió en Méjico, o, para hacer una metáfora nativa, como si la piedra del Tandil, al caerse de su cerro, hubiera venido a dar sobre mi mismísima cabeza. Hoy todavía siento esa sensación algunas veces; pero no siempre.

En la pensión no me trataban mal, pero bien tampoco. Me miraban con desconfianza. ¡Ah, gente ignara, que hasta ignoráis que el universo no se limita al globo que habitamos, ni aún



tampoco al sistema planetario de que forma parte la Tierra, pues comprende todavía todos los innumerables astros que pueblan la maravilla de los cielos, llamados estrellas fijas, porque conservan casi invariablemente, ¡y sé lo que digo!, sus posiciones relativas.

X

**Explicación del aforismo que sirve
de título al anterior capítulo**

«La sospecha mata al hombre». Esto, para mí, es una verdad egipcia. Si yo no hubiera sospechado, no habría descubierto nada; y al no descubrir nada, no habría matado a mi padre.

Luego, lo que mató a mi padre, fué mi sospecha. El cuchillo fué un mero instrumento.

XI

El muerto que se escapó de la "Morgue"

Un día me dijeron en la pensión:

—Che, Gutiérrez, ¿ha visto que linda mujer ha venido a vivir aquí?

A L F R E D O R. B U F A N O

¡Y yo no le hice caso! ¡Como para pensar en mujeres estaba yo! Y era vecina mía, según me dijeron. Había alquilado el cuarto inmediato al mío. Yo no la había visto aún.

Dos noches después, estaba yo insomne completamente por mi malestar. Dale que dale con la piedra que me aplastaba la cabeza. En la obscuridad veía lucecitas de todos colores. Estaba mal. ¡Confieso que estaba mal! De pronto oí voces en la pieza de mi vecina. La curiosidad puede mucho, y yo me levanté para escuchar. ¡Que demonios! De todos modos no tenía nada que hacer. «Voy a distraerme un rato», me dije.

En una de esas oí que una voz de hombre pronunciaba el nombre de María Luisa. «¿Será ella?» pensé, y se me puso la carne de gallina. Y con más razón que nunca, presté mayor atención. De vez en cuando oía pronunciar el maldito nombre. La voz del que estaba con ella no me era desconocida. ¡Qué esperanza! Salí al patio en puntas de pie, así, en paños menores, y me detuve un momento ante la puerta de la vecina. Los visillos estaban corridos, pero podía verse el interior porque adentro estaban

O P E N D O



con luz. ¡Qué cosa enorme! Era ella, ella misma, la linda Chingola la que estaba ahí, hermosa en su semidesnudez. Pero, si bien esto me impresionó, no fué tanto como lo que vi después. ¡Allí, allí mismo, en la cama junto a ella, estaba mi padre!

Miren: si ustedes me prometieran todo el oro del mundo con tal de decir lo que sentí, no podría y no podría. ¡Qué sé yo! Pegué una feroz trompada a la puerta y me abalancé al interior. Mi padre no decía nada, estaba pálido como un muerto. Un muerto que me lo encontraba de nuevo, lo más orondo, en la cama con mi mujer. Ella empezó a gritar. Gritaba como una vaca. El quiso echar mano al revólver, pero yo me le fui encima, y lo agarré con todas mis ganas por el pescuezo. ¡Y apreté, apreté, hasta que le vi morado, con una cuarta de lengua afuera! ¡Qué! No habían pasado dos minutos, cuando me sentí encadenado por los puños. ¡Qué me importaba a mí! Yo lo veía allí, entre pálido y violáceo, con los ojos salidos de las órbitas y la lengua afuera todavía. Pero el tipo, con unas cuantas cosas que le hicieron, empezó a volver en sí. Yo quise sal-

tar, pero las cadenas me sujetaron destrozándome las muñecas. Y María Luisa gritaba: «¡Está loco, es un loco, es un loco!» y empecé a oír la palabra por todos lados. Allí en mi presencia, un oficial le preguntó el nombre a mi padre, y el le contestó como pudo:

—Francisco Bouchet.

—¡Miente! — grité yo — ¡Ese se llama Ismael Gutiérrez! ¡Es mi padre!

Y casi confieso el crimen. Pero no me dieron tiempo. Ya habían llegado otros hombres y me sujetaron como bárbaros para ponerme un chaleco de fuerza.

—¡Pobre don Francisco! — oía decir yo a los demás pensionistas. — ¡Pobre señor Bouchet! ¡Por poco lo matan! ¡Todo por pasar la noche acompañado!...

Otros decían mientras me sacaban:

—¡Qué lástima! ¡Tan joven! ¡A lo mejor no sale más del manicomio!

En la comisaría quise protestar. Aclarar. Decir que esa mujer era mi mujer y no una aventurera. Que ése era mi padre. Que se había muerto una vez. ¡Quise hablar, hablar, decir todo! Nada. Después de verme un médico me

O P E N D O O R

fletaron aquí. Pero lo más gracioso del caso es que el muy sinvergüenza, pocos días después, vino a visitarme. Yo me prendí de los fierros como un mono. El se asustó un poquito, pero al rato se serenó, y me dijo con tono entre burlón y cordial:

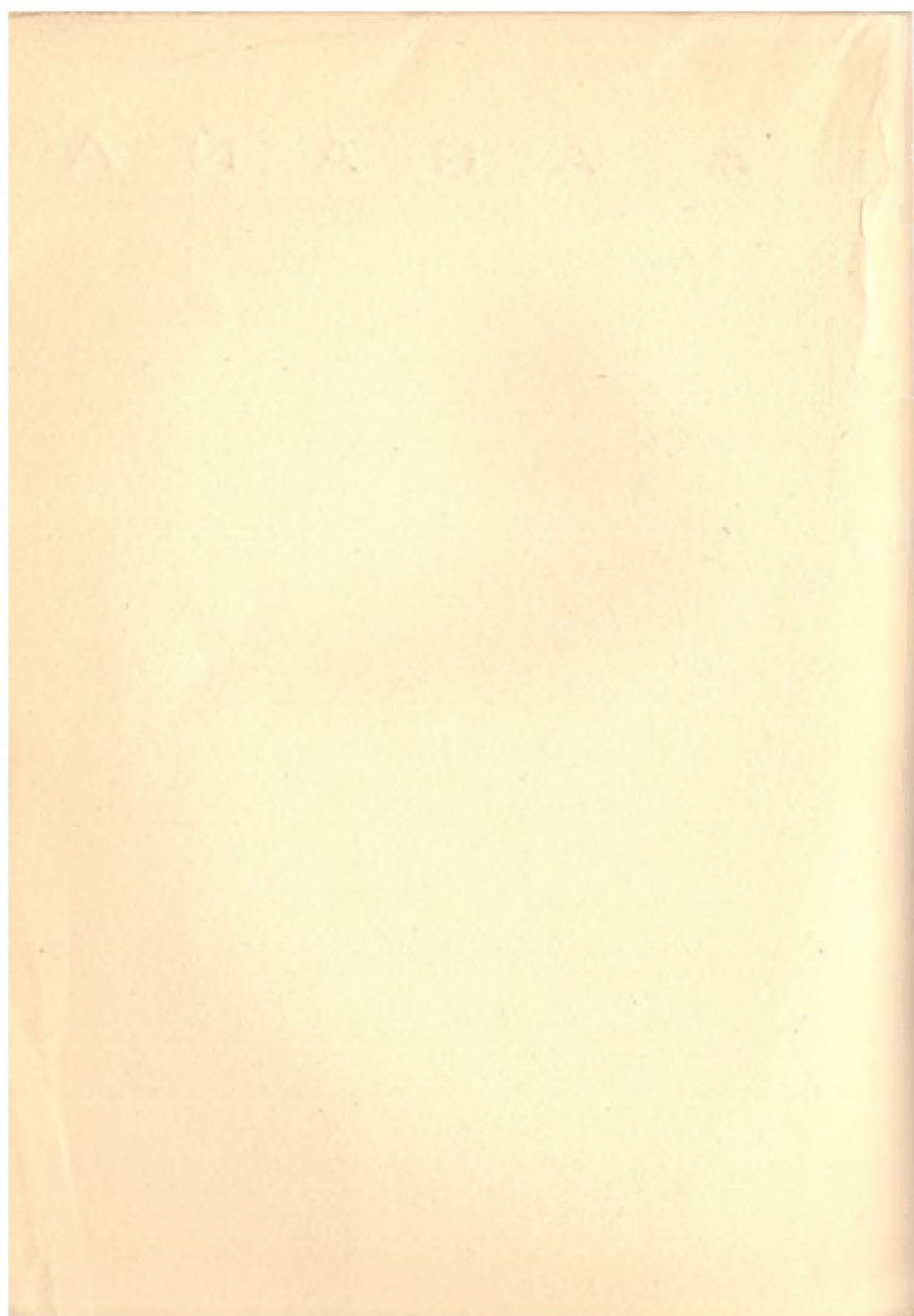
—¿Porqué me quiso matar, amiguito? Si yo nunca le he hecho nada, no lo conozco siquiera.

Yo empecé a gritar pidiendo justicia, y me dieron en cambio una ducha helada con una manguera.

¡No importa! ¡Yo estoy aquí con todos mis sentidos! ¡Ya verán ustedes! En cuanto pueda, haré mi aeroplano. El despertador ya se lo he hecho desaparecer de nuevo al mayordomo. En cuanto a los aerolitos, son unas masas minerales que contienen ordinariamente hierro y caen de las altas regiones de la atmósfera; se les suele llamar también bólidos. Y mi honestidad está a toda prueba, como puede verse a las claras. ¿Y María Luisa? ¡Que sé yo! Al que la encuentre le regalo un tratado de anatomía que ya no uso porque me lo sé de memoria.

L A R A





Eramos muy amigos con Erasmo Molina.
¿Nadie conoció a Erasmo Molina? ¡Oh,
era un excelente muchacho!

Nos conocimos en el colegio rural de un pueblito serrano. Era un niño original. Pálido, de ojos muy grandes y abiertos, entre asombrados y tristes.

Hablaba poco, jugaba menos y no estudiaba mucho. Me fué profundamente simpático, y nos hicimos amigos muy pronto.

Nos completábamos: yo era un bárbaro en materia de números; él era un prodigio. Yo, modestia a un lado, era un prodigio en composiciones libres; él, en cambio, en esta materia, era lo que yo en números: un bárbaro.

Erasmo me hacía los problemas, los benditos

problemas que hasta hoy no dejan de preocuparme; y yo, en retribución, le hacía alguna paginita literaria, las dichas páginas literarias que hasta hoy sigo haciendo con más o menos seriedad.

Perfectamente. Un día, a la hora del recreo, estábamos sentados a la sombra de una vieja parra del ancho patio escolar, y yo pugnaba por convencerlo de la bondad de una página mia sobre la araña, hecha por encargo de uno de mis condiscípulos microcéfalos, cuando, de improviso, oí un grito agudo, penetrante, y al mismo tiempo vi a Erasmo ponerse de pie de un salto, blanco como una calavera.

—¡Mira! ¡Sácala, por favor! — me dijo medio ahogado, señalándome la blusa. Claro, yo miré, y casi me caigo muerto. Una araña horrible, enorme, negra y peluda, agitaba sus patas asquerosas sobre el fondo blanco del brin de la blusa de Erasmo Molina.

Hice un esfuerzo supremo, y tomando del suelo un sarmiento reseco, dí con él al espe-luznante bicho, que fué a dar en tierra algo aturdido, no tanto como nosotros, que, presas de un verdadero terror, echamos a correr.

O P E N D O O



Despues de este suceso, ni por broma nos volvimos a sentar a la sombra del añoso parrral del patio. ¡Cualquier día!

Llegó el fin del curso, y nos separamos convencidos de que en las nuevas clases nos volveríamos a ver. No fué así, sin embargo.

Pasaron muchos años. Yo me hice mozo. De vez en cuando solía acordarme de Erasmo Molina.

Abandoné, quizás para siempre, aquella tierra de paz, y fui a pasear mi entusiasmo y mi ensueño por las calles de la alucinante cosmópolis.

Debo advertir, ante todo, aunque no interese a nadie, que mis rasgos fisonómicos no han cambiado mucho. Mi cara es un poco más triste, quizás bastante más triste, pero nada más. Los rasgos son los mismos de antaño. Ya lo dije.

Una tarde de invierno hallábame en un café ante una mesa ubicada al lado de una vidriera. Una lluvia persistente caía sobre la ciudad. Yo,

A L F R E D O R. B U F A N O

sin otra cosa que hacer, miraba llover. ¡Ah! Es un pasatiempo hermosísimo. Sobre todo, cuando la lluvia repiquetea también dentro del corazón, como en el verso de Verlaine, que no cito aquí, porque detesto francamente los lugares comunes.

En esto pasa un hombre, y, al mirarme, se queda como sorprendido. A mí, al principio, me fué indiferente, pero al notar su insistencia, reparé en él ya con cierto interés. Era un joven pálido, alto, delgado, de ojos grandes y profundamente tristes. Vestía todo de negro.

Cerró el paraguas, y entrando resueltamente en el café se dirigió a mi mesa. Descubrióse respetuosamente y preguntó:

—¿Me permite una pregunta?

—Con mucho gusto, a sus órdenes...

—¿Usted vivió en Mendoza?

—Sí, señor.

—¿Su nombre es... Fulano?

—Eso es; Fulano de... — Iba a decir también mi apellido, pero él me interrumpió con vehemencia:

—¡Oh! ¿Y tu no me conoces?

—Creo...

O P E N D O O R

—Soy Erasmo, Erasmo Molina, ¿te acuerdas?

Recordando de inmediato, exclamé:

—¿El chico de la araña?

Su rostro cambió de expresión y palideció levemente. Frunció los labios en un gesto doloroso, y asintió con la cabeza. Luego se sentó frente a mí.

Notando que el lejano recuerdo infantil le había turbado, inquirí:

—¿Cómo! ¿Todavía te dura el susto?

—No; es que se ha renovado.

—¿Otra araña?

—Sí. ¿Tienes tiempo?

—De sobra.

—Bueno, ya verás. Pero, ante todo, ¿qué haces?

—Ya lo ves, miro llover...

—Pero ¿de qué te ocupas?

—¡Ah! Escribo.

—¿Verso? ¿Prosa?

—Sí; prosa, verso... según.

—Muy interesante. Algún día te servirá mi historia, un poco extraña y grotesca, pero terrible.

¡Pobre Erasmo! En efecto, hoy me sirve

A L F R E D O R. B U F A N O

su historia, terrible, extraña y grotesca.

Sorbió su taza de café, y mientras encendía un cigarrillo, empezó diciendo en voz baja e indecisa:

—Desde que dejamos la escuela no nos hemos vuelto a ver, ¿no es así? Bien. Yo trabajé algún tiempo en labores rurales, y después, ansioso de vida nueva, me fui a la ciudad. Tú bien conoces qué precario es todo eso, así que, pocos meses más tarde, me asaltó el deseo de ir más lejos, y me vine a Buenos Aires. ¿Tú crees que mi vida tiene algo de interesante? Te equivocas. No es más que algo aislado; acontecimientos aislados, pero que bastan para derrumbar toda una vida. ¿Te acuerdas de aquella tarde en que leíamos a la sombra de la parra? Por eso palidecí cuando me lo recordaste. Ahora bien: aquí me enamoré; me enamoré de una manera brutal, intensa, como únicamente podemos enamorarnos una sola vez en la vida. Ella era rubia, bastante linda, ¡ya lo creo! Y me quería; yo sé positivamente que me quería. Me dió pruebas . . . ¿entiendes? Sí, ya veo que has entendido.

Una noche estábamos en la salita de su casa.

O P E N D O O



Era una noche triste, lluviosa, así, como esta tarde. Yo le hablaba de mis proyectos, fabulosos, magníficos. Oye: siempre pensé en hacerme rico de improviso, de la mañana a la tarde, de un minuto a otro, como ese personaje miserable de una novela de Quéiroz, que se hizo millonario con sólo hacer sonar una campanilla insignificante. ¡Ah! pero yo no me arrepentiría. Yo disfrutaría mis riquezas con ella. Y esa noche le hablaba así, con vehemencia, de nuestro amor, de nuestro nido, de nuestros viajes.

Estábamos con las manos juntas, mirándonos con éxtasis. De pronto vi que sus ojos se abrían con espanto, mirando a un punto fijo, a la par que sus manos oprimían con fuerza las mías. «¿Que tienes?», le pregunté con ansiedad. Pero ella no pudo contestarme. Entonces, muy nervioso, me di vuelta para mirar hacia el sitio en que ella lo hacía. Sentí un escalofrío de muerte. El piano estaba tapado con su funda blanca, y, sobre ésta, caminando despacio, pero muy despacio, una araña enorme, negra, horrible, parecida a esa otra que se prendió a mi blusa aquella tarde en la escuela... Eramos dos momias. «¡Mátala!» dijo ella de pronto, con

un sollozo de angustia. Pero... ¡qué quieres! Yo me sentí caer, y sudoroso, trémulo, vi alejarse al monstruo pausadamente, hasta perderse en la parte superior del piano. ¡Nunca me arrepentiré lo suficiente de mi cobardía! Seguramente se metió en la caja. Tú no ignoras que esa clase de bichos son afectos a la música. Sí, pues; seguramente se metió en la caja.

El rostro inteligente y hermoso de Erarmo se puso más pálido. Encendió otro cigarrillo.

—¡Qué raro! —dije, por decir algo, pues estaba profundamente poseído de tan extrañas casualidades

—Sí, en efecto —replicó Molina; — un poco raro, no muy raro que digamos, pero terrible, ¿verdad? Bueno, pero, por el maldito caso, mi novia no quiso sentarse más al piano. Faltaba poco tiempo para casarnos y esa idea me alentaba. Cambiaremos de casa, pensaba, y todo eso pasará. Alquilé una linda casita en Floresta, y la amueblé todo lo mejor que pude. Aquello era una monada, un verdadero chiche. Ella también tenía todo listo; su ajuar, hecho por ella misma. Era una muchacha muy diestra y muy buena. Faltaban seis días para el casa-

O P E N D O O R

miento. Sí; seis días apenas. Una mañana, estando en mi oficina, me llamaron por teléfono. Era el padre de ella. «Erasmus, venga en seguida, Clara está mal». Fué lo único que me dijo, y colgó el tubo. Salí como una flecha. Cuando llegué a la casa, acababan de llevársela en una ambulancia de la Asistencia. Toda la casa era un grito. El padre, más sereno, me dijo: «Esta mañana, viendo que no despertaba, fuimos a llamarla. Como no respondía, la movimos, y, ¡nada! Yo le levanté la cabeza, que estaba de costado, y entonces vi que, contra la mejilla que reposaba en la almohada, tenía aplastada una enorme araña negra». Yo me estremecí de horror, ¡de un horror inmenso! — dijo Erasmo; y yo intintivamente, llevé mi mano a la mejilla.

—Es de suponer — continuó mi amigo, fumando nerviosamente, — la angustia mía. «¿Y ahora?», pregunté al padre. «Se la han llevado para ver si pueden hacer algo; pero creo que no hay tiempo». Y, en efecto, no hubo tiempo. Clara había muerto. Creo que está de más contarte lo que yo pasé después. ¡Fué algo terrible!

—La araña del piano . . . — murmuré yo, sin contenerme, insultándome después por dentro, reconociendo que había dicho una pavada.

—Sí, posiblemente — contestó Molina, como si no hubiera oído. — Ahora me voy al Chaco; ¿que hago aquí? Allá puedo hacerme rico de la mañana a la tarde, como el Teodoro de la novela de Quéiroz. Después viajaré, viajaré mucho, para olvidar esta tragedia horrible, extraña, grotesca, que ha quebrado uno de mis sueños mejores. Ahora voy a hacerme rico . . .

—Pero no vayas al Chaco . . .

—Sí, aquéllo es magnífico.

Afuera seguía lloviendo interminablemente. Después de un rato de silencio, lleno de angustia recóndita, iniciamos una charla trivial.

Salimos y nos despedimos con un abrazo.

—Por si no nos vemos más, viejo.

—¡No seas loco!

Pero yo tuve un mal presentimiento.

Si supiera que Erasmo lo había sorprendido en mis ojos aquélla tarde, ahora me disgustaría seriamente. El hecho es que yo tuve un mal presentimiento.

* * *

O P E N D O O R

Pasó un año, y un día recibí una tarjeta postal. «Amigo: trabajo como un bárbaro. Mañana seré rico. — Erasmo».

Después, nada más. Ayer, cuatro años después de mi entrevista con Molina, me presentaron a un señor correntino.

—Dígame, señor — le dije: — ¿no conoció en sus viajes por sus tierras a un tal Erasmo Molina?

—¿Erasmo Molina? ¡Vaya! El dueño de los mejores quebrachales. ¡Un fortunón, amigo, un fortunón! Pero de nada le sirvió.

—¡Cómo! — exclamé hondamente sorprendido.

—Sí, de nada le sirvió. Murió hace poco por una picadura de araña.

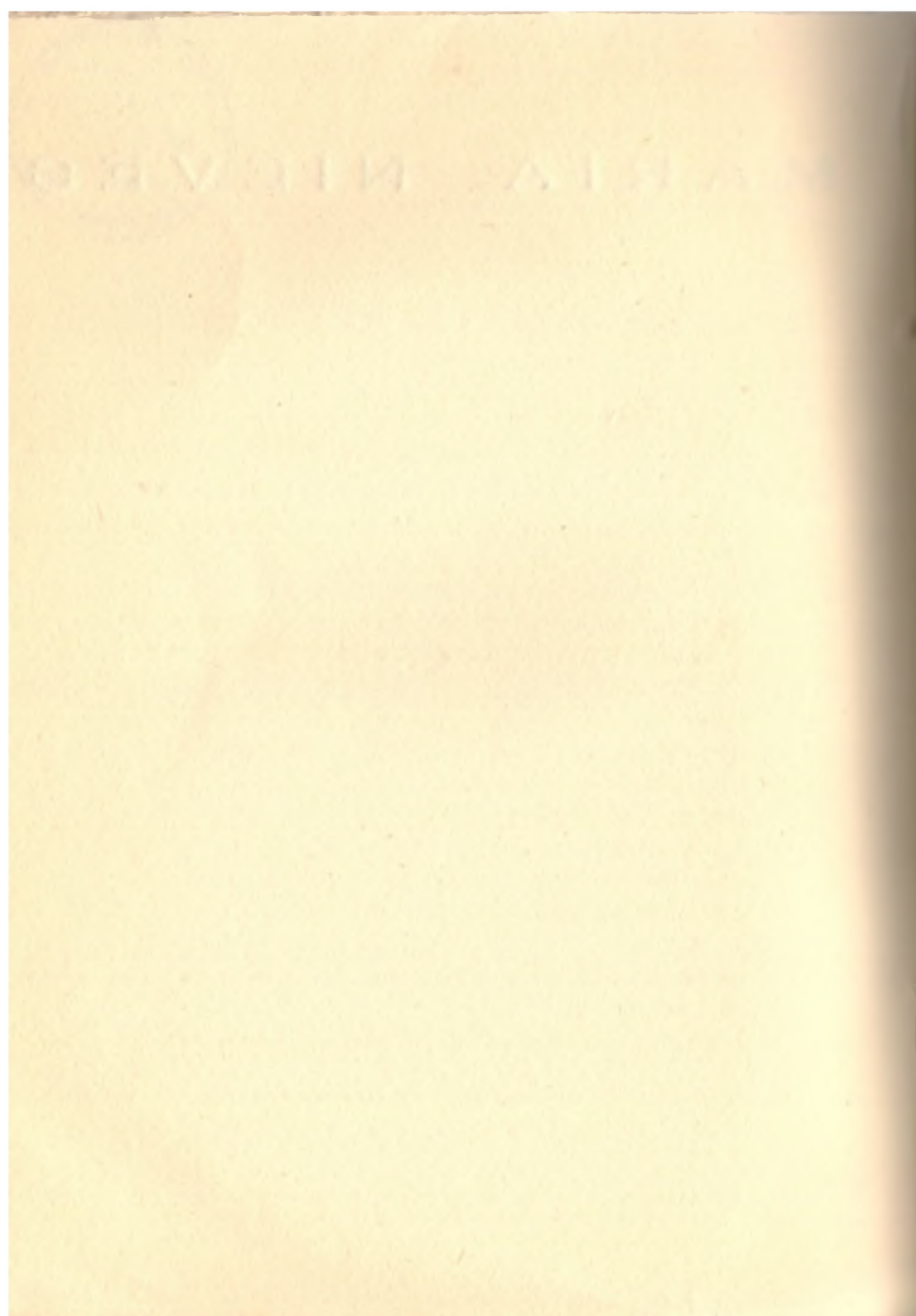
THE HISTORY OF THE

REIGN OF
HAROLD GODWINSON
BY
JOHN RUSKIN
IN TWO VOLUMES
VOL. I.
LONDON
PRINTED BY ALBANY STREET, IN THE CITY OF LONDON
BY JOHN WATTS, 1823

M A R I A N I E



VE S



I

No voy a decir que no; aquel tipo me reventaba de una manera profunda. Por un azar de la vida me tocó en suerte ser su vecino. Yo tenía mi casa de campo a unos trescientos metros de la suya, grave, sombría, con ese aspecto lúgubre de las casonas que han estado cerradas mucho tiempo.

Mi vecino vivía solo. Mejor dicho: solo no, sino en compañía de un negro cotudo, cara de opa, antítesis de la extraña figura del amo. ¡Tipo inquietante éste! Cuando me topaba con él, se me ocurría que era un personaje escapado de una página de London.

Nunca nos dirigimos la palabra. A mí no me

A L F R E D O R. B U F A N O

hacía ninguna gracia encontrarme en los cerros boscosos con el bicharraco ése, que, comúnmente, andaba con una víbora al hombro, presa en fuerte lazo de cáñamo.

Yo, instintivamente, llevaba la mano al revólver, mientras me ponía a silbar con aire distraído. En realidad de verdad, el hombre me preocupaba no menos que su peligroso deporte de cazar víboras todos los días de Dios.

Y no había más que mirarle la cara para darse cuenta de que no era un hombre como para confiarse mucho en él. Pobladas barbas negras rodeaban su cara fina, larga y pálida como el color de la muerte. Los ojos eran verdes y fosforescentes. Si el hacer metáforas no es un pasatiempo inútil, diré que aquellos ojos brillando sobre las barbas, parecían dos áspides. A lo mejor, se me ocurre decir esto porque lo asocio inconscientemente a su colección de ofidios. De todos modos, mi vecino no era un compañero deseable, pese a estos mundos remotos en que vivimos.

Yo de buena gana lo habría quitado del medio. Porque sí, no más. Porque me producía un sacudimiento orgánico de repugnancia y de

O P E N D O O



rabia. Y tengo la seguridad absoluta de que a él le ocurría exactamente lo mismo cada vez que se encontraba conmigo. Pero también me cabe la certidumbre de que adivinaba que yo no era individuo de andarme por las ramas. Y no necesito jurarlo: si yo hubiera visto en él cualquier actitud sospechosa, lo habría liquidado de un solo saque. ¡Como para andar haciendo dengues en estos montes del diablo!

II

Hubiera dado un mundo por saber de dónde había traído aquella mujer tan linda. De buenas a primeras, sin que yo advirtiera nada de anormal, la ví una mañana en el patio de la casa. Pensé que podía ser una visita. Pero ¿quién iba a visitar a ese ogro? ¿Alguna hermana quizás? Tampoco. Era demasiado hermosa. Por último, un día que me los encontré a los dos en el bosque, hube de cerciorarme de lo que yo no quería a ningún precio.

Me sentí derrotado, humillado, y me dieron ganas de provocarlo para tener la satisfacción de hacerle un dibujo en el pellejo.

A L F R E D O R. B U F A N O

Sin querer empecé a frecuentar el camino de la casa. Yo no tenía necesidad de pasar por ahí, pero pasaba y volvía a pasar.

A veces tenía la íntima felicidad de ver a la amiga del cazador repelente. Entonces la vida de salvaje que llevaba, me parecía la mejor de la tierra.

Porque debo decir, en honor de mi mismo, que este voluntario destierro no es para todos.

Satanás, como yo despectivamente lo llamaba, cambió sus costumbres por unos días, como los animales en la primavera.

Al comienzo, por ejemplo, se iba con ella a los cerros o a la selva. Después volvió a las suyas de siempre. Dejaba la casa al alba y volvía al atardecer. De más está decirlo: con cuatro o cinco víboras a la rastra.

III

Yo no quiero jactarme. No quiero porque ofendería aquel cariño delicioso y tremendo. Pero me veo en la imperiosa necesidad de confesar que aquellos dulces ojos me correspondieron. También me correspondió aquella boca

O P E N D O O R

pequeña, redonda y sangrienta como las guindas cerreras. Y aquellas manos diminutas y blancas; tan blancas que parecían luminosas cuando se movían en la sombra de las noches montañosas.

No he de olvidarme nunca de sus inusitadas maneras de hablar y de acariciarme. Estoy seguro de que ninguna mujer podría hacerlo como lo hacía ella.

I V

Por más que yo viera en mi rival a un tipo perfecta y concienzudamente inferior, no debía serlo tanto como para no darse cuenta de lo que ocurría.

Pero no por tales cosas dejó él de cazar y yo de seguir escribiendo en el aire el maravilloso poema de las horas felices.

Horas, no más, aunque sean años, porque se van pronto y no vuelven! Y mi dicha no duró más de lo que dura la del resto de los hombres.

Ella lo presentía, porque, con un leve temblor en la voz, solía murmurarme:

A L F R E D O R. B U F A N O

—El día menos pensado nos va a ocurrir algo grave.

—Por ahora, no dejes de quererme.

—Ni ahora, ni después.

—Lo demás, no me interesa.

—Lo sentiría por tí.

—¿Por mí? Valgo menos que un yuyo.

—Pero yo te quiero . . . Y Luis María lo sabe.

—¡Me alegro!

Y en esta exclamación ponía yo toda mi rabia. ¿Por qué no me provocaba ese chimango? ¿Por qué no me paraba en los caminos del cerro y me preguntaba esto o aquello? Si él sospechaba la verdad, ¿por qué no me dejaba durmiendo de un tiro? ¿Por qué?

Ahora no me cabe la menor duda de que él tuvo la seguridad de que se preparaba nuestra huida. Algún detalle descuidó María Nieves,

V

No estoy en condiciones de jurar que oí ruidos aquella noche. Pero tengo la vaga idea de que presentí que alguien andaba en el monte que rodeaba mi casa.

O P E N D O O R

Por las dudas, empuñé mi revólver y me quedé a la expectativa en la sombra. Pasó el tiempo y nada anormal ocurría. De pronto sentí que algo trepaba por las patas de mi cama. Luego percibí claramente un peso sobre las frazadas. Hasta ése instante no había querido hacer luz; pero inquieto ya seriamente, tomé con la izquierda mi linterna y oprimí el botón. El chorro de luz iluminó una enorme víbora negra arrastrándose sobre mi lecho.

Dí un salto felino, y un hacha de monte hizo el resto.

VI

Cuando aclaró salí al camino. No quiero caer en la ingenuidad de decir que ya sospechaba todo lo que ocurría. Lo que no me imaginaba nunca era lo que aún no había visto.

Me oculté entre unas matas y me puse a atisbar hacia la casa de Satanás. No tuve que aguardar mucho para verlo salir lo más fresco y dirigirse hacia la selva serrana.

Calculé el trecho que había andado y me

A L F R E D O R. B U F A N O

encaminé a la casa. ¡Le había fallado el golpe al canalla! ¡Ya me la pagaría!

Cuando llegué a la verja, me extrañó un poco no ver a María Nieves. Por fin me decidí a llamar. Por algo teníamos sobornado al negro, al negro idiota que seguramente nos delató y que a lo mejor había ayudado al otro la noche pasada.

A mi llamada salió el sirviente con cara de atormentado.

—¿Señor? — exclamó todo tembloroso.

—¡Llamá a la niña!

—Este...

—¡Llamala, te digo, que después arreglaremos las cuentas!

—¡Es que la niña... la niña!...

—¿Qué hay? ¡Hablá, hablá!

—La mordió una venenosa, señor... Murió anoche la pobrecita, señor!

VII

Desde entonces no hago mas que recorrer la selva y los cerros para ver si tengo la suerte

O P E N D O O R



de que me alojen una bala en la nuca. Y de noche duermo con las puertas de mi casa abiertas de par en par, para que la muerte no se tome el trabajo de entrar con sigilo o de colarse por las rendijas de las ventanas.





INDICE

	PAGS.
El extraordinario caso de mi muerte . .	13
El endemoniado	29
El muerto que se escapó de la morgue .	71
La araña	105
María Nieves	119

INDEX

1. Introduction 1
2. The History of the 2
3. The History of the 3
4. The History of the 4
5. The History of the 5
6. The History of the 6
7. The History of the 7
8. The History of the 8
9. The History of the 9
10. The History of the 10
11. The History of the 11
12. The History of the 12
13. The History of the 13
14. The History of the 14
15. The History of the 15
16. The History of the 16
17. The History of the 17
18. The History of the 18
19. The History of the 19
20. The History of the 20
21. The History of the 21
22. The History of the 22
23. The History of the 23
24. The History of the 24
25. The History of the 25
26. The History of the 26
27. The History of the 27
28. The History of the 28
29. The History of the 29
30. The History of the 30
31. The History of the 31
32. The History of the 32
33. The History of the 33
34. The History of the 34
35. The History of the 35
36. The History of the 36
37. The History of the 37
38. The History of the 38
39. The History of the 39
40. The History of the 40
41. The History of the 41
42. The History of the 42
43. The History of the 43
44. The History of the 44
45. The History of the 45
46. The History of the 46
47. The History of the 47
48. The History of the 48
49. The History of the 49
50. The History of the 50
51. The History of the 51
52. The History of the 52
53. The History of the 53
54. The History of the 54
55. The History of the 55
56. The History of the 56
57. The History of the 57
58. The History of the 58
59. The History of the 59
60. The History of the 60
61. The History of the 61
62. The History of the 62
63. The History of the 63
64. The History of the 64
65. The History of the 65
66. The History of the 66
67. The History of the 67
68. The History of the 68
69. The History of the 69
70. The History of the 70
71. The History of the 71
72. The History of the 72
73. The History of the 73
74. The History of the 74
75. The History of the 75
76. The History of the 76
77. The History of the 77
78. The History of the 78
79. The History of the 79
80. The History of the 80
81. The History of the 81
82. The History of the 82
83. The History of the 83
84. The History of the 84
85. The History of the 85
86. The History of the 86
87. The History of the 87
88. The History of the 88
89. The History of the 89
90. The History of the 90
91. The History of the 91
92. The History of the 92
93. The History of the 93
94. The History of the 94
95. The History of the 95
96. The History of the 96
97. The History of the 97
98. The History of the 98
99. The History of the 99
100. The History of the 100

*Este libro, escrito por
Alfredo R. Bufano, se
terminó de imprimir en
San Rafael de Mendo-
za el 20 de noviembre
de 1930 en los talleres grá-
ficos de Servando Butti.*

